

Palabra del Señor

Lectura del evangelio y reflexión diaria
para los cofrades leoneses

Cuaresma y Semana Santa de 2006



La Horqueta Digital
www.horqueta.net

Prólogo

Xuasús González. Bracero Mayor

Por segundo año consecutivo llega a nuestras manos *Palabra del Señor*, publicación de La Horqueta Digital dirigida a todos los cofrades leoneses, cuyo principal objetivo no es más que profundizar en la esencia de la Semana Santa.

Teodomiro Álvarez García, Roberto Asenjo, Roberto Da Silva, Manuel Fláker, Luis García Gutiérrez, Manuel González Andrés y Antonio Trobajo, sacerdotes todos ellos de la Diócesis de León y grandes concedores de la Semana Santa de la capital, han querido colaborar con La Horqueta Digital para motivar nuestra reflexión como cofrades y como cristianos. Llegue a todos ellos desde estas líneas nuestro más sincero agradecimiento.

Palabra del Señor, pues, no pretende más que contribuir a la preparación de todos los cofrades leoneses para lo que llevan esperando todo un año, para la llegada de la Semana Santa.

Día a día, entre el Miércoles de Ceniza y el Domingo de Resurrección, podremos dar lectura al evangelio de la eucaristía, y reflexionar al respecto con el comentario correspondiente –realizado por los sacerdotes antedichos–, orientado especialmente para aquellos que tenemos una sensibilidad especial por lo cofrade.

Aunque durante este tiempo, el viejo León rebosa Semana Santa por los cuatro costados –carteles, revistas, conciertos, ...– quizá no prestamos la atención suficiente a un aspecto, tan fundamental como íntimo, que es nuestro encuentro con Dios.

No debemos olvidar que, aunque las flores, el incienso, la cera, la música, las imágenes, ... sean lo más vistoso, no podemos descuidar otros aspectos más importantes que tienen que ver con la esencia de la Semana Santa, con la razón de ser de nuestra Celebración.

Palabra del Señor pretende ser, tan sólo, una herramienta más. De nosotros depende, ahora, hacer un buen uso de ella.

Miércoles, 1 de marzo de 2006. Miércoles de Ceniza.*Mt 6, 1-6. 16-18*

Dijo Jesús a sus discípulos: "Cuidad de no practicar vuestra justicia delante de los hombres para ser vistos por ellos, de lo contrario, no tendréis recompensa de vuestro Padre celestial. Por tanto, cuando hagáis limosna, no vayáis tocando la trompeta por delante, como hacen los hipócritas en las sinagogas y por las calles, con el fin de ser honrados por los hombres; os aseguro que ya han recibido su paga. Tú, en cambio, cuando hagáis limosna, que no sepa tu mano izquierda lo que hace tu derecha; así tu limosna quedará en secreto, y tu Padre, que ve en lo secreto, te lo pagará. Cuando recéis, no seáis como los hipócritas a quienes les gusta rezar de pie en las sinagogas y en las esquinas de las plazas, para que los vea la gente. Os aseguro que ya han recibido su paga. Tú, cuando vayas a rezar, entra en tu aposento, cierra la puerta y reza a tu Padre, que está en lo escondido, y tu Padre, que ve en lo escondido, te lo pagará. Cuando ayunéis, no andéis cabizbajos, como los hipócritas que desfiguran su cara para hacer ver a la gente que ayunan. Os aseguro que ya han recibido su paga. Tú, en cambio, cuando ayunes, perfúmate la cabeza y lávate la cara, para que tu ayuno lo note, no la gente, sino tu Padre, que está en lo escondido; y tu Padre, que ve en lo escondido, te recompensará".

Con el *Miércoles de Ceniza* comenzamos el *tiempo de Cuaresma*. La Palabra de Dios de la Misa de hoy nos abre a este tiempo de penitencia y conversión; tiempo para recordar los compromisos de nuestro bautismo y confirmación, para escuchar con más atención y estima la Palabra de Dios; y tiempo para celebrar más intensamente los sacramentos de la Eucaristía y la Penitencia.

El Evangelio nos muestra la tónica general que debe tomar en consideración todo cristiano en el camino de cuaresma hacia la Pascua.

Por un lado, se nos indican los cuatro grandes pilares que deben sustentar la vida cristiana y deben constituirse en la norma habitual de nuestra relación con Dios, con nuestros hermanos y con nosotros mismos: el Evangelio habla de "*orar*", "*hacer limosna*" y "*ayunar*"; y en todo ello "*practicar la justicia*".

Por otro lado, debe existir un deseo y esfuerzo de cumplir la voluntad de Dios y no vivir por apariencias o por el reconocimiento de los demás.

De este modo realizaremos aquello que pide con urgencia e insistencia el apóstol san Pablo: *"En nombre de Cristo os pedimos que os reconciliéis con Dios"* (2Cor 5,20).

Jueves, 2 de marzo de 2006*Lc 9, 22-25*

Dijo Jesús a sus discípulos: "El Hijo del hombre tiene que padecer mucho, ser desechado por los ancianos, sumos sacerdotes y escribas, ser ejecutado y resucitar al tercer día". Y, dirigiéndose a todos, dijo: "El que quiera seguirme, que se niegue a sí mismo, cargue con su cruz cada día y se venga conmigo. Pues el que quiera salvar su vida la perderá; pero el que pierda su vida por mi causa la salvará. ¿De qué le sirve a uno ganar el mundo entero si se pierde o se perjudica a sí mismo?".

Desde los primeros días de la Cuaresma, Cristo nos advierte que el camino hacia Jerusalén no le va a traer el éxito a los ojos humanos, sino la cruz y el padecimiento. Pero él mismo asegura que esta cruz no concluye con la ignominia sino la glorificación; Cristo cumplió fielmente la voluntad del Padre que le envió a salvar lo que estaba perdido; y el Padre lo resucitó.

En el Evangelio de hoy Cristo hace una llamada a todos aquellos que estén dispuestos a escucharle y seguirle. Quien se decida a hacerlo debe poner a Cristo como el centro y principal razón de ser de su vida. Parece una paradoja que perdiendo la vida sea como se recobra y tratando de salvarla es cuando se pierde.

El seguir a Cristo nos exige optar por él con radicalidad y decisión. No valen medias tintas. No se puede poner impedimentos o anteponer excusas o justificaciones. La cuaresma nos invita a revisar nuestro compromiso cristiano y nuestro seguimiento de Cristo, aunque no sea fácil o cómodo.

Viernes, 3 de marzo de 2006*Mt 9, 14-15*

Se acercaron los discípulos de Juan a Jesús, preguntándole: "¿Por qué nosotros y los fariseos ayunamos a menudo y, en cambio, tus discípulos no ayunan?". Jesús les dijo: "¿Es que pueden guardar luto los invitados a la boda, mientras el novio está con ellos? Llegará un día en que se lleven al novio, y entonces ayunarán".

En este primer día de abstinencia de la Cuaresma, el Evangelio nos habla del ayuno. Cristo anuncia que, cuando él falte, será el momento de ayunar. Es como si dijera que donde él está no puede haber tristeza o angustia; es precisamente su ausencia lo que provoca todo esto.

Nuestro ayuno no es algo que cumplimos por tradición o por temor, sino por amor. Por amor a Dios y a nuestros hermanos. No es un mero cumplimiento formal; sino que con nuestro ayuno estamos manifestando que nuestra fe nos dice que *"no reina Dios por lo que uno come o bebe"* (Rom 14,17) y que nuestras vidas son y están en las manos providentes de Dios. Pero, al mismo tiempo, nuestro ayuno debe impulsarnos a abrirnos más a los demás: tendremos que sentir la urgencia de ayudar a aquellos que no tienen ni lo más imprescindible para sus vidas, privándonos de aquello que es superfluo; es más, incluso aquello que nos resulta necesario. De esta manera daremos cumplimiento al ayuno que Dios quiere: *"Abrir las prisiones injustas, hacer saltar los cerrojos de los cepos, dejar libres a los oprimidos, dar tu pan con el hambriento, hospedar a los pobres sin techo, vestir al que ves desnudo, y no cerrarte a tu propia carne"* (Is 58, 6-7).

Sábado, 4 de marzo de 2006

Lc 5, 27-32

Jesús vio a un publicano llamado Leví, sentado al mostrador de los impuestos, y le dijo: "Sígueme". Él, dejándolo todo, se levantó y lo siguió. Leví ofreció en su honor un gran banquete en su casa, y estaban a la mesa con ellos un gran número de publicanos y otros. Los fariseos y los escribas dijeron a sus discípulos, criticándolo: "¿Cómo es que coméis y bebéis con publicanos y pecadores?". Jesús les replicó: "No necesitan médico los sanos, sino los enfermos. No he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores a que se conviertan".

Muchas veces los hombres juzgamos por apariencias o por prejuicios. Los fariseos criticaban a Cristo porque se le veía con pecadores. En efecto, Jesús no se reunió de una élite de puros y perfectos, sino que manifestó clara y repetidamente que su misión es buscar a la oveja perdida, al hijo pródigo, al que más necesita de él.

Pero en esta seguridad no debemos quedarnos satisfechos en nuestra vida mediocre y sin tensión humana y espiritual; sino buscar siempre vivir el Evangelio de manera mejor y más plena; sabedores que Cristo, aunque sean muchos nuestros pecados y defectos, no se avergüenza de estar con nosotros; siempre viene a llamarnos en nuestras tareas cotidianas como a Leví (Mateo) y nos invita a abrirnos a una vida nueva que él mismo nos regala. La prueba más palpable de todo ello es la llamada a sentarnos cada día, cada domingo, a la mesa donde él mismo se hace Eucaristía, fuerza de nuestra vida cristiana y alimento para la vida eterna.

El voto de confianza que Jesús deposita en nosotros, tiene que ser correspondido con una respuesta decidida y sin reservas.

Domingo, 5 de marzo de 2006

<i>Mc 1, 12-15</i>

El Espíritu empujó a Jesús en el desierto. Se quedó en el desierto cuarenta días, dejándose tentar por Satanás; vivía entre alimañas, y los ángeles le servían. Cuando arrestaron a Juan, Jesús se marchó a Galilea a proclamar el Evangelio de Dios. Decía: "Se ha cumplido el plazo, está cerca el Reino de Dios: convertíos y creed en el Evangelio".

El Evangelio del primer domingo de cuaresma es el llamado "de las tentaciones de Jesús". Inmediatamente después de su bautismo y antes de comenzar su predicación Cristo se retira al desierto. Como el pueblo de Israel estuvo cuarenta años en el desierto, así también Cristo está cuarenta días allí. El desierto es el lugar de la soledad y la vida extrema ("*vivía entre alimañas*"), de la prueba y la tentación ("*dejándose tentar por Satanás*").

Cristo ha querido experimentar y sufrir también la tentación del mal, del poder, del dinero, de la fama... como todos estamos tentados de estas cosas. Es la consecuencia de la Encarnación: Cristo se sumerge plenamente en la historia del hombre, que es historia de lucha del bien contra el mal. Pero el Señor nos enseña que es posible vencer las tentaciones.

Tras la muerte de Juan el Bautista comienza su vida pública. Comienza solemnemente su predicación en Galilea con la invitación a la conversión y a creer en el Evangelio. Son las dos caras de una misma moneda, uno lleva a lo otro. La conversión (palabra clave de la Cuaresma) es el cambio de camino, la transformación radical de la

persona; es poner a Cristo como centro de la vida y de la existencia. Es, por lo tanto, una conversión a "*Alguien*", no a algo. Ese Alguien es el Señor y su Evangelio.

Lunes, 6 de marzo de 2006

Mt 10, 25, 31-46

Dijo Jesús a sus discípulos: "Cuando venga en su gloria el Hijo del hombre, y todos los ángeles con él, se sentará en el trono de su gloria y serán reunidas ante él todas las naciones. Él separará a unos de otros, como un pastor separa las ovejas de las cabras. Y pondrá las ovejas a su derecha y las cabras a su izquierda. Entonces dirá el rey a los de su derecha: "Venid vosotros, benditos de mi Padre; heredad el reino preparado para vosotros desde la creación del mundo. Porque tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber, fui forastero y me hospedasteis, estuve desnudo y me vestisteis, enfermo y me visitasteis, en la cárcel y vinisteis a verme". Entonces los justos le contestarán: "Señor, ¿cuándo te vimos con hambre y te alimentamos, o con sed y te dimos de beber?; ¿cuándo te vimos forastero y te hospedamos, o desnudo y te vestimos?; ¿cuándo te vimos enfermo o en la cárcel y fuimos a verte?". Y el rey les dirá: "Os aseguro que cada vez que lo hicisteis con uno de éstos, mis humildes hermanos, conmigo lo hicisteis". Y entonces dirá a los de su izquierda: "Apartaos de mí, malditos, id al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles. Porque tuve hambre y no me disteis de comer, tuve sed y no me disteis de beber, fui forastero y no me hospedasteis, estuve desnudo y no me vestisteis, enfermo y en la cárcel y no me visitasteis". Entonces también éstos contestarán: "Señor, ¿cuándo te vimos con hambre o con sed, o forastero o desnudo, o enfermo o en la cárcel, y no te asistimos?". Y él replicará: "Os aseguro que cada vez que no lo hicisteis con uno de éstos, los humildes, tampoco lo hicisteis conmigo". Y éstos irán al castigo eterno, y los justos a la vida eterna".

La Cuaresma es un tiempo muy propicio para tomar más en serio las consecuencias de nuestro bautismo y confirmación, y de nuestra fe. En concreto, en el Evangelio de hoy se nos insiste en la necesidad del amor al prójimo. Se trata de un Evangelio fácilmente comprensible por todos y al mismo tiempo muy exigente. Es la mejor manera de preparar la Pascua: amar sincera y humildemente a aquellos con los que vivimos, con los que trabajamos, con quienes nos divertimos, a los miembros de nuestra parroquia, de nuestro portal de vecinos,... y siempre de manera especial a los que más lo necesitan.

La razón no es mero respeto o mera necesidad de unos mínimos para la convivencia; sino el amor profundo sabiendo que Cristo está misteriosamente, pero realmente en todos ellos. Esta página es la síntesis y la norma suprema del Evangelio.

Martes, 7 de marzo de 2006

Mt 6, 7-15

Dijo Jesús a sus discípulos: "Cuando recéis, no uséis muchas palabras, como los gentiles, que se imaginan que por hablar mucho les harán caso. No seáis como ellos, pues vuestro Padre sabe lo que os hace falta antes de que lo pidáis. Vosotros rezad así: **Padre nuestro del cielo, santificado sea tu nombre, venga tu reino, hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo, danos hoy el pan nuestro de cada día, perdónanos nuestras ofensas, pues nosotros hemos perdonado a los que nos han ofendido, no nos dejes caer en la tentación, sino líbranos del Maligno.** Porque si perdonáis a los demás sus culpas, también vuestro Padre del cielo os perdonará a vosotros. Pero si no perdonáis a los demás, tampoco vuestro Padre perdonará vuestras culpas".

A veces al tener que dirigirnos a una persona importante no sabemos en qué términos hacerlo. Jesús, que es el Maestro, nos enseña a hablar con Dios, a **orar**. Comienza enseñándonos con el ejemplo. Sus discípulos le han visto retirarse a orar muchas veces. En este pasaje del sermón de la montaña, lo hace con su doctrina. Tenemos que agradecerse.

Lo primero que nos dice es que tengamos una gran confianza: Dios es un Padre que sabe lo que necesitamos. Después, nos deja la mejor de las oraciones y modelo para las demás: el **Padre nuestro**.

Haremos bien en rezarlo cada día, despacio..., como rumiando lo que vamos diciendo..., sintiéndonos hijos de Dios: **¡Padre!**, y hermanos de los demás: **¡Nuestro!** Y..., ¡atención a las últimas palabras de este evangelio!

Miércoles, 8 de marzo de 2006

Lc 11, 29-32

La gente se apiñaba alrededor de Jesús, y él se puso a decirles: "Esta generación es una generación perversa. Pide un signo, pero no se le

dará más signo que el signo de Jonás. Como Jonás fue un signo para los habitantes de Nínive, lo mismo será el Hijo del hombre para esta generación. Cuando sean juzgados los hombres de esta generación, la reina del Sur se levantará y hará que los condenen; porque ella vino desde los confines de la tierra para escuchar la sabiduría de Salomón, y aquí hay uno que es más que Salomón. Cuando sea juzgada esta generación, los hombres de Nínive se alzarán y harán que los condenen; porque ellos se convirtieron con la predicación de Jonás, y aquí hay uno que es más que Jonás”.

Qué bien nos vienen estas palabras de Jesús al comienzo de la cuaresma. Los que hemos oído muchas veces el evangelio, tenemos el peligro de buscar algo nuevo porque eso ya nos lo sabemos de memoria. Queremos algún signo, algo más espectacular, algo que sea noticia en los telediarios e informativos.

Sin embargo, tenemos el **Signo** mayor de todos: **Jesucristo resucitado** que con su vida entregada, nos habla del amor infinito de Dios, del sentido que tiene nuestra vida, de los valores que harán una sociedad nueva, donde los hombres y mujeres seamos hermanos, convivamos en paz.... Ojalá que, además de querer que nuestros bellos Cristos y demás imágenes aparezcan en las pantallas de la Televisión, seamos capaces de llegar a comprender siquiera un poco lo que Dios Padre nos quiere decir en este **signo definitivo** que nos ha entregado y que es **Jesucristo**.

Jueves, 9 de marzo de 2006

Mt 7, 7-12

Dijo Jesús a sus discípulos: “Pedid y se os dará, buscad y encontraréis, llamad y se os abrirá; porque quien pide recibe, quien busca encuentra y al que llama se le abre. Si a alguno de vosotros le pide su hijo pan, ¿le va a dar una piedra?; y si le pide pescado, ¿le dará una serpiente? Pues si vosotros, que sois malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¡cuánto más vuestro Padre del cielo dará cosas buenas a los que le piden! En resumen: Tratad a los demás como queréis que ellos os traten; en esto consiste la ley y los profetas”.

Parece paradójico. En una sociedad del bienestar, del consumo y la abundancia, muchas veces nos dedicamos a pedir..., a las instituciones, a los políticos, “El que no llora...” decimos. Da la impresión de que Jesús entra en este juego y nos invita, más aún,

nos manda pedir, llamar, buscar. ¡Lástima que a veces **sólo** lo hacemos cuando ya se nos han cerrado todas las puertas en las que confiábamos!

Jesús nos manda pedir con confianza. “El Señor nos dará lo que más nos convenga”, solemos decir con un tono resignado. Haríamos bien en quitar el tono resignado y creérnoslo desde el principio; también en purificar nuestras peticiones. La oración hecha desde la fe, nunca se pierde. En algunos casos extremos y muy dolorosos creemos que nuestra súplica no ha sido escuchada. Desde esa fe, que camina a tientas y a oscuras, hemos de confiar en que Dios siempre es fiel a su palabra, y está más allá del dolor y de la muerte. Como Padre que nos ama, nos sacará del abismo. Seguro.

Viernes, 10 de marzo de 2006

Mt 5, 20-26

Dijo Jesús a sus discípulos: “Si no sois mejores que los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos. Habéis oído que se dijo a los antiguos: “No matarás”, y el que mate será procesado. Pero yo os digo: Todo el que esté peleado con su hermano será procesado. Y si uno llama a su hermano “imbécil”, tendrá que comparecer ante el Sanedrín, y si lo llama “renegado”, merece la condena del fuego. Por tanto, si cuando vas a poner tu ofrenda sobre el altar, te acuerdas allí mismo de que tu hermano tiene quejas contra ti, deja allí tu ofrenda ante el altar y vete primero a reconciliarte con tu hermano, y entonces vuelve a presentar tu ofrenda. Con el que te pone pleito, procura arreglarte en seguida, mientras vais todavía de camino, no sea que te entregue al juez, y el juez al alguacil, y te metan en la cárcel. Te aseguro que no saldrás de allí hasta que hayas pagado el último cuarto”.

Para caminar por el sendero nuevo que Jesús viene a proponer, que es la vida cristiana, hay que cuidar los detalles. Cuando nos examinamos por los Mandamientos, podemos quedarnos en las formulaciones generales: “Yo no mato, ni robo”... Jesús va mucho más a lo profundo: quiere que no nos conformemos con lo negativo: no maltratar, no insultar..., sino que tratemos con amor al hermano. Un amor que respeta, que aguanta, que perdona, como lo hace el mismo Dios con cada uno de nosotros.

Tan serio nos pone Jesús este aspecto de la vida cristiana que nos urge a estar en paz con todos antes de “presentar la ofrenda”. Un

toque de atención para los que acudimos a Misa y al templo, cada domingo o cada día.

Para que podamos amar, perdonar, vivir como hermanos..., Él nos da su Espíritu. ¡Así, sí!

Sábado, 11 de marzo de 2006

Mt 5, 43-48

Dijo Jesús a sus discípulos: "Habéis oído que se dijo: "Amarás a tu prójimo" y aborrecerás a tu enemigo. Yo, en cambio, os digo: Amad a vuestros enemigos, y rezad por los que os persiguen. Así seréis hijos de vuestro Padre que está en el cielo, que hace salir su sol sobre malos y buenos, y manda la lluvia a justos e injustos. Porque, si amáis a los que os aman, ¿qué premio tendréis? ¿No hacen lo mismo también los publicanos? Y si saludáis sólo a vuestros hermanos, ¿qué hacéis de extraordinario? ¿No hacen lo mismo también los gentiles? Por tanto, sed perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto".

Hoy podríamos desmenuzar la actitud del hombre de la calle: ama a los que le aman, hace el bien a los que le hacen bien y da dinero a los que saben que le van a devolver.

Pero es preciso, nos recuerda Lucas hoy, que el cristiano supere este estado de cosas. Porque si no amamos más que a quienes nos aman, si no prestamos más que a los que nos van a devolver el dinero, si no vamos más allá del horizonte estrecho de las relaciones humanas, en qué nos diferenciamos de los que nos rodean: en que tenemos un papel que nos identifica como miembros de esta u otra comunidad, en que vamos vestido de esta u otra forma, en que hacemos esto o lo otro dos veces al año.

Parece una perogrullada pero somos quienes somos no por lo que hacemos extraordinariamente, aunque suponga un gran esfuerzo, sino por lo que vivimos a diario.

- Recordemos la frase central: "Tratad a los demás, amadlos...". Entendida en profundidad, esta regla de oro comporta desear y tratar a todo el mundo, sea quien sea y haya hecho lo que haya hecho, lo mejor posible siempre.

- Intentemos vivir con una actitud emblemática: "Amad a vuestros enemigos". Éste es el mejor punto de examen para saber si tenemos

los sentimientos de Jesús: ¿Qué deseamos para los que nos han hecho daño o nos caen mal?

- Y no olvidemos nuestro modelo: "Sed compasivos y perfectos como vuestro Padre es compasivo".

Domingo, 12 de marzo de 2006

Mc 9, 2-10

Jesús se llevó a Pedro, a Santiago y a Juan, subió con ellos solos a una montaña alta, y se transfiguró delante de ellos. Sus vestidos se volvieron de un blanco deslumbrador, como no puede dejarlos ningún batanero en el mundo. Se les aparecieron Elías y Moisés, conversando con Jesús. Entonces Pedro tomó la palabra y le dijo a Jesús: "Maestro, ¡qué bien se está aquí! Vamos a hacer tres tiendas, una para ti, otra para Moisés y otra para Elías". Estaban asustados, y no sabía lo que decía. Se formó una nube que los cubrió, y salió una voz de la nube: "Éste es mi Hijo amado; escuchadlo". De pronto, al mirar alrededor, no vieron a nadie más que a Jesús, solo con ellos. Cuando bajaban de la montaña, Jesús les mandó: "No contéis a nadie lo que habéis visto, hasta que el Hijo del hombre resucite de entre los muertos". Esto se les quedó grabado, y discutían qué querría decir aquello de "resucitar de entre los muertos".

No es extraño que Jesús se lleve consigo a Pedro, a Santiago y a Juan, pero tampoco no nos debería de extrañar que el profeta de Nazaret nos invite a subir con Él el monte Tabor, dejar de lado todos los preparativos de las procesiones, sus ajeteos, sus preocupaciones, y afrontar su ascenso con el propósito de descubrir cuál es el verdadero motivo que nos empuja a hacer todo lo que tenemos entre manos.

No es nada nuevo que al terminar nuestro ascenso, -así nos lo cuenta el evangelista- descubramos la transfiguración de nuestro Señor Jesucristo como revelación del Mesías al mundo. Aquí radica uno de los grandes problemas de nuestros cristianos. Hemos perdido el asombro ante Cristo, ante su vida, ante su misterio. ¡Sí! Lo conocemos. Alguna vez lo sentimos allá en el monte pero no ha bajado con nosotros al ajeteo de nuestra vida que hemos dejado porque creíamos que era la mejor forma de encontrarnos con Él. Hemos preferido montar su tienda y dejarle allí con sus historias, que no nos moleste mucho, que el amor, la caridad y una fe vivida a lo largo de todo el año cuesta, mientras tanto nosotros, los que no perdemos ocasión de autoproclamarnos cristianos, a lo nuestro.

Lunes, 13 de marzo de 2006

Lc 6, 36-38

Dijo Jesús a sus discípulos: "Sed compasivos como vuestro Padre es compasivo; no juzguéis, y no seréis juzgados; no condenéis, y no seréis condenados; perdonad, y seréis perdonados; dad, y se os dará: os verterán una medida generosa, colmada, remecida, rebosante. La medida que uséis, la usarán con vosotros".

Reconocer nuestra debilidad es el mejor punto de partida para la conversión pascual, para nuestra vuelta a los caminos de Dios. Porque el que se cree santo, no se convierte. El que se tiene por rico, no pide. El que lo sabe todo, no pregunta. ¿Nos reconocemos pecadores? ¿Somos capaces de pedir perdón desde lo profundo de nuestro ser?

Son preguntas que suenan duras cuando nos damos cuenta de que su denuncia es cierta, pero mucho más nos debe doler el hecho de que una persona feliz, un corazón compasivo, un trabajador agobiado, un educador solícito, si teniendo más frío que calor, más hambre y necesidad que pan, más preocupaciones que sosiegos, más fatiga que descanso, más desengaño que esperanzas, siempre llevan en su alforja espiritual un tarro de bondad, una palabra de ánimo, una candela que encender, un vaso de agua que dar a otro más necesitado...

Seamos o no de esas personas oremos desde nuestra pobreza al modo de Teresa de Calcuta:

¡Señor!, me atrevo a pedirte que cuando tenga hambre no me abandones, pero que de cuando en cuando pongas a mi lado a alguien que sea tan necesitado y tan pobre o más pobre que yo, y que me complazca en compartir con él el pan duro que hoy me quede o al menos la palabra y la paciencia para encontrarlo y compartirlo mañana. Amén.

¡¡¡Qué descanso y qué exigencia saber que Tú no utilizas mi medida para medirme!!!

Martes, 14 de marzo de 2006*Mt 23, 1-12*

Jesús habló a la gente y a sus discípulos, diciendo: "En la cátedra de Moisés se han sentado los escribas y los fariseos: haced y cumplid lo que os digan; pero no hagáis lo que ellos hacen, porque ellos no hacen lo que dicen. Ellos lían fardos pesados e insoportables y se los cargan a la gente en los hombros, pero ellos no están dispuestos a mover un dedo para empujar. Todo lo que hacen es para que los vea la gente: alargan las filacterias y ensanchan las franjas del manto; les gustan los primeros puestos en los banquetes y los asientos de honor en las sinagogas; que les hagan reverencias por la calle y que la gente los llame maestros. Vosotros, en cambio, no os dejéis llamar maestro, porque uno sólo es vuestro maestro, y todos vosotros sois hermanos. Y no llaméis padre vuestro a nadie en la tierra, porque uno sólo es vuestro Padre, el del cielo. No os dejéis llamar consejeros, porque uno sólo es vuestro consejero, Cristo. El primero entre vosotros será vuestro servidor. El que se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido".

A qué estamos dispuestos nosotros; por quién estamos dispuestos a pisar el barro de cada día. Éstas son cuestiones que Jesucristo plantea a quemarropa a los escribas y fariseos de todos los tiempos, a aquellos que alargan sus filacterias, a aquellos que presumen de sus cargos y aspiran a escalar olvidándose de servir, de trabajar...

El Mesías se dirige a todas las personas que nos creemos mejores que los demás pero que nos delatamos porque no somos capaces de mover ni un dedo por nadie sino es por nosotros mismos.

Pero el profeta de Nazaret, que entiende todas las debilidades humanas porque ha descendido al pozo de la debilidad, no se conforma con estar sentado en la cuneta de las críticas, se levanta y camina junto a nosotros enseñándonos cómo es él, cómo podemos ser nosotros: "Vosotros no seáis así..."

Allí donde otros atan pesadas cargas y las ponen sobre los hombros de los otros, los cristianos estamos llamados a aliviarlas. Allí donde los hombres actúan de cara a la galería, el cristiano está llamado a mantener la llama viva del amor de Cristo en el rincón del mundo que le ha tocado vivir, sin medallas, sin monumentos, sin condecoraciones, porque sabe que tiene más valor, que construyen un mundo más humano unos padres que cuidan y se desvelan por su hijo enfermo en el duro frío de la noche que miles de políticos que negocian cómo continuar en el poder a pleno día.

Cuando los cristianos perdamos el coraje para preguntarnos: ¿A quién he ayudado hoy? ¿A quién puedo aliviar las cargas mañana? ¿A qué puedo arrimar el hombro?, no sólo defraudamos a nuestros hijos intentando dejarles un mundo mejor sino que nos defraudamos a nosotros mismos.

Miércoles, 15 de marzo de 2006

Mt 20, 17-28

Mientras iba subiendo Jesús a Jerusalén, tomando aparte a los Doce, les dijo por el camino: "Mirad, estamos subiendo a Jerusalén, y el Hijo del hombre va a ser entregado a los sumos sacerdotes y a los escribas, y lo condenarán a muerte y lo entregarán a los gentiles, para que se burlen de él, lo azoten y lo crucifiquen; y al tercer día resucitará". Entonces se le acercó la madre de los Zebedeos con sus hijos y se postró para hacerle una petición. Él le preguntó: "¿Qué deseas?". Ella contestó: "Ordena que estos dos hijos míos se sienten en tu reino, uno a tu derecha y el otro a tu izquierda". Pero Jesús replicó: "No sabéis lo que pedís. ¿Sois capaces de beber el cáliz que yo he de beber?". Contestaron: "Lo somos". Él les dijo: "Mi cáliz lo beberéis; pero el puesto a mi derecha o a mi izquierda no me toca a mí concederlo, es para aquellos para quienes lo tiene reservado mi Padre". Los otros diez, que lo habían oído, se indignaron contra los dos hermanos. Pero Jesús, reuniéndolos, les dijo: "Sabéis que los jefes de los pueblos los tiranizan y que los grandes los oprimen. No será así entre vosotros: el que quiera ser grande entre vosotros, que sea vuestro servidor, y el que quiera ser primero entre vosotros, que sea vuestro esclavo. Igual que el Hijo del hombre no ha venido para que le sirvan, sino para servir y dar su vida en rescate por muchos".

¡Qué contraste de actitudes entre Jesús y sus discípulos! ¡Qué contraste de actitudes entre Jesús y nosotros!

El evangelista San Mateo nos cuenta que Jesús "iba subiendo a Jerusalén", mientras la experiencia nos confirma que nosotros estamos acostumbrados a bajar, a tirar por lo más fácil, que no siempre es lo mejor; a estar tirados en el sofá de nuestra comfortable casa arreglando este destartado mundo.

Pero Jesús no subía a Jerusalén por deporte sino que lo hacía para cumplir su misión –así nos lo confirma el evangelio–, mientras muchos de nosotros vamos de un lado a otro, a salto de mata, sin tener un rumbo fijo que sea más apasionante y más grande que

nuestras estrechas miras. Algo por lo que seamos capaces de dedicar toda nuestra vida, de no desfallecer cuando subamos todo tipo de dificultades ni de bajar la guardia cuando todo nos va sobre ruedas.

Se acerca el momento de la pasión. Jesús anuncia que iba a ser entregado y condenado, a morir por la humanidad y a resucitar. ¿Qué pensaban los discípulos en ese instante? ¿Se les encogía el corazón sólo de pensar en Jesús torturado, escarnecido, insultado, como decían los antiguos profetas? ¿Se nos encoge a nosotros cuando celebramos la semana santa?

Contrariamente a todo esto los apóstoles -y en esto no hemos cambiado nada- en vez de preocuparse por el dolor que nace de las palabras de Jesús se enredan en una discusión egoísta sobre quién será el primero en el Reino de los Cielos.

Señor, qué olvidadas tenemos tus palabras cuando creemos que somos los únicos que tenemos problemas sino se nos encogería el alma, se estremecería nuestro corazón ante lo que nos susurras: "No he venido a ser servido, sino a dar mi vida por los demás".

Jueves, 16 de marzo de 2006

Lc 16, 19-31

Dijo Jesús a los fariseos: "Había un hombre rico que se vestía de púrpura y de lino y banqueteaba espléndidamente cada día. Y un mendigo llamado Lázaro estaba echado en su portal, cubierto de llagas, y con ganas de saciarse de lo que tiraban de la mesa del rico. Y hasta los perros se le acercaban a lamerle las llagas. Sucedió que se murió el mendigo, y los ángeles lo llevaron al seno de Abrahán. Se murió también el rico, y lo enterraron. Y, estando en el infierno, en medio de los tormentos, levantando los ojos, vio de lejos a Abrahán, y a Lázaro en su seno, y gritó: "Padre Abrahán, ten piedad de mí y manda a Lázaro que moje en agua la punta del dedo y me refresque la lengua, porque me torturan estas llamas". Pero Abrahán le contestó: "Hijo, recuerda que recibiste tus bienes en vida, y Lázaro, a su vez, males: por eso encuentra aquí consuelo, mientras que tú padeces. Y además, entre nosotros y vosotros se abre un abismo inmenso, para que no puedan cruzar, aunque quieran, desde aquí hacia vosotros, ni puedan pasar de ahí hasta nosotros". El rico insistió: "Te ruego, entonces, padre, que mandes a Lázaro a casa de mi padre, porque tengo cinco hermanos, para que, con su testimonio, evites que vengan también ellos a este lugar de tormento". Abrahán le dice: "Tienen a Moisés y a los profetas; que los escuchen". El rico contestó: "No, padre Abrahán. Pero si un muerto va a verlos, se

arrepentirán". Abrahán le dijo: "Si no escuchan a Moisés y a los profetas, no harán caso ni aunque resucite un muerto".

El evangelista Lucas nos narra la parábola del rico y de Lázaro, donde nos damos cuenta de que al morir, Dios los juzga por su corazón. ¿Qué ha hecho Lázaro de bueno para subir al seno de Abraham? Nada. ¿Qué ha hecho el rico de malo para no subir al seno de Abraham? Nada.

Podríamos pensar que la diferencia está en que uno es muy pobre y el otro rico, pero no es el motivo por el cual Cristo los juzga. Cristo los juzga por el corazón. La diferencia está en ser una persona de corazón abierto o de corazón cerrado a Dios nuestro Señor.

Si nos ponemos a analizar los dos personajes, nos daremos cuenta rápidamente de que representan dos extremos que, sin darnos cuenta, dibujan con trazos firmes una parte muy importante de nosotros:

Uno, el rico, es extremo de materialista, egocéntrico, falto de horizonte espiritual, insensible a personas de su contorno, cerrado a gestos de gratuidad que le vinculen con los necesitados.

El otro, Lázaro, es el extremo del desposeimiento de sí mismo, del verdadero pobre de espíritu que pone su riqueza en hacer ricos a los demás, no materialmente sino:

-dando unos minutos al servicio de caridad, solidaridad, afecto, animación, cuando para sí mismo no lo tiene;

-dando ánimo a quien se siente turbado, cuando él mismo amanece desanimado...

Señor, haz que yo vea las cosas que me apartan de ti y que me apartan de mis hermanos.

Viernes, 17 de marzo de 2006

Mt 21, 33-43. 45-46

Dijo Jesús a los sumos sacerdotes y a los ancianos del pueblo: "Escuchad otra parábola: Había un propietario que plantó una viña, la rodeó con una cerca, cavó en ella un lagar, construyó la casa del guarda, la arrendó a unos labradores y se marchó de viaje. Llegado el tiempo de la vendimia, envió sus criados a los labradores, para

percibir los frutos que le correspondían. Pero los labradores, agarrando a los criados, apalearon a uno, mataron a otro, y a otro lo apedrearon. Envió de nuevo otros criados, más que la primera vez, e hicieron con ellos lo mismo. Por último les mandó a su hijo, diciéndose: "Tendrán respeto a mi hijo". Pero los labradores, al ver al hijo, se dijeron: "Este es el heredero: venid, lo matamos y nos quedamos con su herencia". Y, agarrándolo, lo empujaron fuera de la viña y lo mataron. Y ahora, cuando vuelva el dueño de la viña, ¿qué hará con aquellos labradores?". Le contestaron: "Hará morir de mala muerte a esos malvados y arrendará la viña a otros labradores, que le entreguen los frutos a sus tiempos". Y Jesús les dice: "¿No habéis leído nunca en la Escritura: "La piedra que desecharon los arquitectos es ahora la piedra angular. Es el Señor quien lo ha hecho, ha sido un milagro patente"? Por eso os digo que se os quitará a vosotros el reino de los cielos y se dará a un pueblo que produzca sus frutos". Los sumos sacerdotes y los fariseos, al oír sus parábolas, comprendieron que hablaba de ellos. Y aunque buscaban echarle mano, temieron a la gente que lo tenía por profeta.

El texto de San Mateo que tenemos delante se repite, casi igualmente en los Sinópticos Marcos y Lucas. La parábola de la viña escogida que propone Jesús es, a su vez, reproducción de aquella otra que, diez siglos antes, había escrito el profeta Isaías. Como toda parábola es una comparación en imágenes claramente entendidas por los interlocutores. La de hoy concluye así: "Oyendo los principales de los sacerdotes y los fariseos entendieron que hablaba de ellos y, queriendo apoderarse de Él, tuvieron miedo de la gente que lo tenía por Profeta" (Mt 21, 45-26).

El Mesías anunciado por los profetas se hace presente en medio de su pueblo, pero su pueblo no ha querido recibirlo como tal (Jn 1, 11), como tampoco quiso recibir a los profetas anteriores: mataron a unos, apalearon a otros y a otros los apedrearon. Y cuando llega el Hijo del Señor, Jesús, "lo sacaron de la viña (Jerusalén) y lo mataron". Y Jesús termina esta parábola con estas palabras: "Por eso, el Reino de Dios será entregado a un pueblo que rinda sus frutos" (Mt 21, 43). Ese nuevo pueblo de Dios será un pueblo universal que busque, ante todo, la justicia y la paz.

Sábado, 18 de marzo de 2006

Lc 15, 1-3. 11-32

Solían acercarse a Jesús todos los publicanos y los pecadores a escucharle. Y los fariseos y los escribas murmuraban entre ellos: "Ése

acoge a los pecadores y come con ellos". Jesús les dijo esta parábola: "Un hombre tenía dos hijos; el menor de ellos dijo a su padre: "Padre, dame la parte que me toca de la fortuna". El padre les repartió los bienes. No muchos días después, el hijo menor, juntando todo lo suyo, emigró a un país lejano, y allí derrochó su fortuna viviendo perdidamente. Cuando lo había gastado todo, vino por aquella tierra un hambre terrible, y empezó él a pasar necesidad. Fue entonces y tanto le insistió a un habitante de aquel país que lo mandó a sus campos a guardar cerdos. Le entraban ganas de saciarse de las algarrobas que comían los cerdos; y nadie le daba de comer. Recapacitando entonces, se dijo: "Cuántos jornaleros de mi padre tienen abundancia de pan, mientras yo aquí me muero de hambre. Me pondré en camino a donde está mi padre, y le diré: Padre, he pecado contra el cielo y contra ti; ya no merezco llamarme hijo tuyo: trátame como a uno de tus jornaleros". Se puso en camino a donde estaba su padre; cuando todavía estaba lejos, su padre lo vio y se conmovió; y, echando a correr, se le echó al cuello y se puso a besarlo. Su hijo le dijo: "Padre, he pecado contra el cielo y contra ti; ya no merezco llamarme hijo tuyo". Pero el padre dijo a sus criados: "Sacad en seguida el mejor traje y vestido; ponédle un anillo en la mano y sandalias en los pies; traed el ternero cebado y matadlo; celebremos un banquete, porque este hijo mío estaba muerto y ha revivido; estaba perdido, y lo hemos encontrado". Y empezaron el banquete.

Su hijo mayor estaba en el campo. Cuando al volver se acercaba a la casa, oyó la música y el baile, y, llamando a uno de los mozos, le preguntó qué pasaba. Éste le contestó: "Ha vuelto tu hermano; y tu padre ha matado el ternero cebado, porque lo ha recobrado con salud". Él se indignó y se negaba a entrar; pero su padre salió e intentaba persuadirlo. Y él replicó a su padre: "Mira: en tantos años como te sirvo, sin desobedecer nunca una orden tuya, a mí nunca me has dado un cabrito para tener un banquete con mis amigos; y cuando ha venido ese hijo tuyo que se ha comido tus bienes con malas mujeres, le matas el ternero cebado". El padre le dijo. "Hijo, tú siempre estás conmigo, y todo lo mío es tuyo: deberías alegrarte, porque este hermano tuyo estaba muerto y ha revivido; estaba perdido, y lo hemos encontrado".

En este capítulo resume el evangelista San Lucas algunas de las parábolas de Jesús: la oveja perdida, la dracma perdida, el hijo pródigo.

¡Cuántas veces habrá sido meditada en profundidad en los ambientes cristianos, esta parábola del hijo pródigo!

Se cuenta que, en una ocasión, el Barón de Montesquieu fue sorprendido en su gabinete por algunos amigos que habían acudido al castillo de La Brède para hacerle una visita. Lo encontraron abatido sobre sus brazos, con lágrimas en los ojos. ¿Qué os pasa?, le preguntaron. Y él contestó: ¿qué queréis que os diga? Leed. El libro estaba abierto en el pasaje de San Lucas que ahora comentamos.

Los personajes de la parábola están claramente definidos: el hijo menor, calavera; el padre, indulgente y perdonador; el hijo mayor, cicatero y envidioso.

Esta bellísima parábola nos hace caer en la cuenta de la generosidad infinita del Padre, de la locura inicial y del arrepentimiento posterior del hijo menor y de la envidia y rencor tenebroso del hijo mayor, por otra parte, siempre fiel y cumplidor. Y ahora surge la pregunta: ¿dónde estamos tú y yo?

Domingo, 19 de marzo de 2006

Jn 2, 13-25

Se acercaba la Pascua de los judíos, y Jesús subió a Jerusalén. Y encontró en el templo a los vendedores de bueyes, ovejas y palomas, y a los cambistas sentados; y, haciendo un azote de cordeles, los echó a todos del templo, ovejas y bueyes; y a los cambistas les esparció las monedas y les volcó las mesas; y a los que vendían palomas les dijo: "Quitad esto de aquí; no convirtáis en un mercado la casa de mi Padre...". Sus discípulos se acordaron de lo que está escrito: "El celo de tu casa me devora". Entonces intervinieron los judíos y le preguntaron: "¿Qué signos nos muestras para obrar así?". Jesús contestó: "Destruid este templo, y en tres días lo levantaré". Los judíos replicaron: "Cuarenta y seis años ha costado construir este templo, ¿y tú lo vas a levantar en tres días?". Pero él hablaba del templo de su cuerpo. Y, cuando resucitó de entre los muertos, los discípulos se acordaron de que lo había dicho, y dieron fe a la Escritura y a la palabra que había dicho Jesús. Mientras estaba en Jerusalén por las fiestas de Pascua, muchos creyeron en su nombre, viendo los signos que hacía; pero Jesús no se confiaba con ellos, porque los conocía a todos y no necesitaba el testimonio de nadie sobre un hombre, porque él sabía lo que hay dentro de cada hombre.

Es lo primero que te enseñan los guías, así que llegas a Jerusalén. Desde el Monte de los Olivos, uno contempla la vieja ciudad santa y, en primer plano, más allá del torrente Kidrón, los restos del antiguo templo de Jerusalén. Nada queda de él, si no es el llamado "Muro de

los lamentos". En lo que fuera el antiguo templo de Salomón y de Herodes, se alzan hoy las mezquitas de Omar y El Ackshá, con la fuente de las abluciones entre las dos mezquitas.

En aquel templo y en sus pórticos predicó Jesús una buena parte de su doctrina. Y allí tuvo lugar, igualmente, la escena de los mercaderes del templo, expulsados por Jesús, que reclama la santidad de aquel lugar, casa de oración, convertida en cueva de ladrones. Pero, ¿de qué templo hablaba Jesús? San Juan, testigo presencial de lo que nos dice, escribe: "Él (Jesús) hablaba del templo de su cuerpo". Una vez resucitado de entre los muertos, según su propia profecía, los discípulos se recordaron de lo que había dicho y creyeron en Él.

Y tú..., ¿tú también crees en Él?

Lunes, 20 de marzo de 2006

Mt 1, 16. 18-21. 24a

Jacob engendró a José, el esposo de María, de la cual nació Jesús, llamado Cristo. El nacimiento de Jesucristo fue de esta manera: María, su madre, estaba desposada con José y, antes de vivir juntos, resultó que ella esperaba un hijo por obra del Espíritu Santo. José, su esposo, que era justo y no quería denunciarla, decidió repudiarla en secreto. Pero, apenas había tomado esta resolución, se le apareció en sueños un ángel del Señor que le dijo: "José, hijo de David, no tengas reparo en llevarte a María, tu mujer, porque la criatura que hay en ella viene del Espíritu Santo. Dará a luz un hijo, y tú le pondrás por nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de los pecados". Cuando José se despertó, hizo lo que le había mandado el ángel del Señor.

El relato que nos hacen los Evangelistas no puede ser ni más sencillo ni más claro. El hecho más importante de toda la historia de la Humanidad ha quedado resuelto en unas pocas y humildes palabras. El breve relato del Nacimiento de Jesús pone de relieve el comportamiento de José ante las palabras del ángel: "José, no tengas reparo en llevarte a María, tu mujer, porque la criatura que hay en ella viene del Espíritu Santo". Y el santo Patriarca, "hombre justo", hizo lo que le había dicho el ángel del Señor.

Por otra parte, la Providencia de Dios hizo que el Emperador Augusto ordenara hacer un censo en su imperio para saber el número de personas que había en él. Este fue el motivo por el que María y José

llegaran de Nazaret de Galilea a Belén de Judá –unos 157 kilómetros de norte a sur– para empadronarse en su ciudad de origen, que era Belén.

Y llegó el momento en que María, que estaba encinta, hubo de dar a luz a su hijo. Como no hallaron posada en toda la ciudad, se acomodaron como mejor pudieron en una de las cuevas de los alrededores. Allí nació Jesús. Así se cumplieron las profecías de los tiempos antiguos: “Y tú, Belén, tierra de Judá, no eres la menor de las ciudades de Judá, pues de ti saldrá el pastor, que apaciente a mi pueblo, Israel”.

Jesús ha nacido para el tiempo y para la eternidad. Ángeles y pastores han cantado la gloria de Dios.

Martes, 21 de marzo de 2006

Mt 18, 21-35

Se adelantó Pedro y preguntó a Jesús: “Señor, si mi hermano me ofende, ¿cuántas veces le tengo que perdonar? ¿Hasta siete veces?”. Jesús le contesta: “No te digo hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete. Y a propósito de esto, el reino de los cielos se parece a un rey que quiso ajustar las cuentas con sus empleados. Al empezar a ajustarlas, le presentaron uno que debía diez mil talentos. Como no tenía con qué pagar, el señor mandó que lo vendieran a él con su mujer y sus hijos y todas sus posesiones, y que pagara así. El empleado, arrojándose a sus pies, le suplicaba diciendo: “Ten paciencia conmigo, y te lo pagaré todo”. El señor tuvo lástima de aquel empleado y lo dejó marchar, perdonándole la deuda. Pero, al salir, el empleado aquel encontró a uno de sus compañeros que le debía cien denarios y, agarrándolo, lo estrangulaba, diciendo: “Págame lo que me debes”. El compañero, arrojándose a sus pies, le rogaba, diciendo: “Ten paciencia conmigo, y te lo pagaré”. Pero él se negó y fue y lo metió en la cárcel hasta que pagara lo que debía. Sus compañeros, al ver lo ocurrido, quedaron consternados y fueron a contarle a su señor todo lo sucedido. Entonces el señor lo llamó y le dijo: “¡Siervo malvado! Toda aquella deuda te la perdoné porque me lo pediste. ¿No debías tú también tener compasión de tu compañero, como yo tuve compasión de ti?”. Y el señor, indignado, lo entregó a los verdugos hasta que pagara toda la deuda. Lo mismo hará con vosotros mi Padre del cielo, si cada cual no perdona de corazón a su hermano”.

Otra vez nos encontramos con Jesús perdonador y misericordioso. “¿Cuántas veces he de perdonar a mi hermano? –preguntó Pedro a Jesús– ¿Hasta siete veces?” Acabas de leer la respuesta. No sólo hasta siete, sino hasta setenta veces siete, le dijo Jesús. Sabido es que el número siete, en la Sagrada Biblia, es un número simbólico, cabalístico, que va mucho más allá de lo que significa el término: en siete días, creó Dios el universo; siete días conforman las semanas, siete fueron los primeros diáconos de la Iglesia, siete son los sacramentos. La lección sobre el perdón de las ofensas es clara y terminante. Hay que perdonar siempre, como el Padre nos ha perdonado a nosotros. Así lo rezamos también en el padrenuestro: “Perdona (Señor) nuestras ofensas como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden”.

¿Tú perdonas? ¿Perdonas de verdad?

Miércoles, 22 de marzo de 2006

Mt 5, 17-19

Dijo Jesús a sus discípulos: “No creáis que he venido a abolir la Ley y los profetas: no he venido a abolir, sino a dar plenitud. Os aseguro que antes pasarán el cielo y la tierra que deje de cumplirse hasta la última letra o tilde de la Ley. El que se salte uno solo de los preceptos menos importantes, y se lo enseñe así a los hombres, será el menos importante en el reino de los cielos. Pero quien los cumpla y enseñe será grande en el reino de los cielos”.

Los evangelios preparados por el magisterio de la Iglesia para este tiempo, forman parte de las catequesis de la iniciación cristiana. Conviene recordar que la cuaresma es por excelencia catecumenal, el tiempo de preparación inmediata de aquellos que van a recibir el bautismo. Pero para los ya bautizados es un periodo para revivir igualmente el catecumenado y en definitiva el bautismo.

En el evangelio de este día, Jesús pone de manifiesto el corazón del judaísmo, la ley (llamada “Torá”) y los profetas. El cumplimiento de la ley y los profetas es Cristo, con su muerte y resurrección ha dado plenitud a la ley. Israel se había quedado con el cumplimiento, olvidándose del sujeto de la ley que es el hombre y el objeto que es el amor. San Agustín diría: “ ama y haz lo que quieras”. El que ama no mata, no roba, no adultera, no fornicar, etc. En Cristo que es el amor se puede cumplir la ley.

Jueves, 23 de marzo de 2006*Lc 11, 14-23*

Jesús estaba echando un demonio que era mudo y, apenas salió el demonio, habló el mudo. La multitud se quedó admirada, pero algunos de ellos dijeron: "Si echa los demonios es por arte de Belzebú, el príncipe de los demonios". Otros, para ponerlo a prueba, le pedían un signo del cielo. Él, leyendo sus pensamientos, les dijo: "Todo reino en guerra civil va a la ruina y se derrumba casa tras casa. Si también Satanás está en guerra civil, ¿cómo mantendrá su reino? Vosotros decís que yo echo los demonios con el poder de Belzebú, vuestros hijos, ¿por arte de quién los echan? Por eso, ellos mismos serán vuestros jueces. Pero, si yo echo los demonios con el dedo de Dios, entonces es que el reino de Dios ha llegado a vosotros. Cuando un hombre fuerte y bien armado guarda su palacio, sus bienes están seguros. Pero, si otro más fuerte lo asalta y lo vence, le quita las armas de que se fiaba y reparte el botín. El que no está conmigo está contra mí; el que no recoge conmigo desparrama".

Jesús tiene poder sobre el príncipe de este mundo, Jesús no ha venido a resolver problemas sociales o a cambiar las estructuras injustas. La misión de Jesús es salvar al hombre, del "león rugiente" como lo cita San Pedro en su epístola. San Pablo dirá igualmente que nuestra lucha no es contra la carne ni la sangre, sino contra el espíritu del mal que habita en el mundo tenebroso. En este evangelio aparece Jesús realizando un exorcismo, expulsando un demonio que imposibilitaba a una persona para poder relacionarse, ya que la palabra es fundamental para salir de uno mismo y darse a los demás. ¿No será que cuando no le dirigimos la palabra a una persona, el espíritu del mal está con uno?. Durante el catecumenado la iglesia hace constantes exorcismos para preparar al catecúmeno al bautismo. Pero qué paradoja y que dureza de corazón la de insultar al Santo y Bendito, y llamarle Belcebú, este es el pecado contra el Espíritu Santo, ver la obra de Dios, así tan evidente, tan tangible y rechazarla afirmando que es del demonio. Por otro lado cabe recordar que el magisterio de la iglesia ha afirmado siempre la existencia del espíritu del mal que llamamos "demonio".

Viernes, 24 de marzo de 2006*Mc 12, 28b-34*

Un escriba se acercó a Jesús y le preguntó: "¿Qué mandamiento es el primero de todos?". Respondió Jesús: "El primero es: "Escucha, Israel, el Señor, nuestro Dios, es el único Señor: amarás al Señor, tu

Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente, con todo tu ser". El segundo a éste: "Amarás a tu prójimo como a ti mismo". No hay mandamiento mayor que éstos". El escriba replicó: "Muy bien, Maestro, tienes razón cuando dices que el Señor es uno solo y no hay otro fuera de él; y que amarlo con todo el corazón, con todo el entendimiento y con todo el ser, y amar al prójimo como a uno mismo vale más que todos los holocaustos y sacrificios". Jesús, viendo que había respondido sensatamente, le dijo: "No estás lejos del reino de Dios". Y nadie se atrevió a hacerle más preguntas.

Pareciera que la pregunta que hace el escriba sobrara, pues sabía perfectamente lo que Jesús le respondió. Jesús no ha venido a cambiar la Ley sino a darle plenitud. San Pablo dirá que la ley es un pedagogo (en el griego del Nuevo Testamento significa, el esclavo que conducía a los hijos de los señores a la escuela.) La ley conduce a descubrir la incapacidad que el hombre tiene de amar, Jesús ha dado con su misterio pascual el espíritu a la ley. La respuesta que el Señor da al escriba es el credo de Israel tomado de Deuteronomio,6, todo judío lo repetía varias veces al día.

Sábado, 25 de marzo de 2006

Lc 1, 26-38

A los seis meses, el ángel Gabriel fue enviado por Dios a una ciudad de Galilea llamada Nazaret, a una virgen desposada con un hombre llamado José, de la estirpe de David: la virgen se llamaba María. El ángel, entrando en su presencia, dijo: "Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo". Ella se turbó ante estas palabras y se preguntaba qué saludo era aquél. El ángel le dijo: "No temas, María, porque has encontrado gracia ante Dios. Concebirás en tu vientre y darás a luz un hijo, y le pondrás por nombre Jesús. Será grande, se llamará Hijo del Altísimo, el Señor Dios le dará el trono de David, su padre, reinará sobre la casa de Jacob para siempre, y su reino no tendrá fin". Y María dijo al ángel: "¿Cómo será eso, pues no conozco a varón?". El ángel le contestó: "El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y la fuerza del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso el Santo que va a nacer se llamará Hijo de Dios. Ahí tienes a tu pariente Isabel, que, a pesar de su vejez, ha concebido un hijo, y ya está de seis meses la que llamaban estéril, porque para Dios nada hay imposible". María contestó: "Aquí está la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra". Y la dejó el ángel.

La solemnidad de la Anunciación nos pone delante el misterio de la encarnación del Señor. Dicho misterio se actualiza en la celebración litúrgica de los sacramentos y sacramentales. Pues la palabra proclamada y predicada es como si fuera el ángel que trae el anuncio de la Buena Nueva. La palabra acogida gesta en nosotros por la fe, al Salvador. Es curioso señalar como esta imagen de la anunciación es una de las más reproducidas en la iconografía. Por ej. en las iglesias ortodoxas siempre aparece este icono en las puertas del iconostásio (especie de cancel que cierra el lugar donde se encuentra el altar). El mensaje de este evangelio es que para Dios nada hay imposible, este versículo centra el misterio de la encarnación que se contempla en este día.

Domingo, 26 de marzo de 2006

Jn 3, 14-21

Dijo Jesús a Nicodemo: "Lo mismo que Moisés elevó la serpiente en el desierto, así tiene que ser elevado el Hijo del hombre, para que todo el que cree en él tenga vida eterna. Tanto amó Dios al mundo que entregó a su Hijo único para que no perezca ninguno de los que creen en él, sino que tengan vida eterna. Porque Dios no mandó su Hijo al mundo para juzgar al mundo, sino para que el mundo se salve por él. El que cree en él no será juzgado; el que no cree ya está juzgado, porque no ha creído en el nombre del Hijo único de Dios. El juicio consiste en esto: que la luz vino al mundo, y los hombres prefirieron la tiniebla a la luz, porque sus obras eran malas. Pues todo el que obra perversamente detesta la luz y no se acerca a la luz, para no verse acusado por sus obras. En cambio, el que realiza la verdad se acerca a la luz, para que se vea que sus obras están hechas según Dios".

Los domingos de cuaresma son ricos en cuanto a la preparación bautismal se refiere. En estos domingos se realizan los escrutinios pre bautismales a los catecúmenos adultos, por lo tanto esta es la clave con la cual hay que entender el evangelio de hoy. El tema fundamental de este evangelio es la salvación, Dios quiere que todos los hombres se salven. La salvación eterna tiene su acogida y explicitación en la misión de la iglesia. La iglesia es esa luz puesta sobre el candelero, pero el motor que origina esa luz es Cristo, el mismo se identificó como tal "yo soy la luz del mundo".

Los bautizados eran llamados en la iglesia antigua "iluminados", y al bautismo "iluminación" (fotismos). La salvación es por tanto una

acogida de la iluminación realizada en el catecumenado que lleva al bautismo.

Lunes, 27 de marzo de 2006

Jn 4, 43-54

Salió Jesús de Samaria para Galilea. Jesús mismo había hecho esta afirmación: "Un profeta no es estimado en su propia patria". Cuando llegó a Galilea, los galileos lo recibieron bien, porque habían visto todo lo que había hecho en Jerusalén durante la fiesta, pues también ellos habían ido a la fiesta. Fue Jesús otra vez a Caná de Galilea, donde había convertido el agua en vino. Había un funcionario real que tenía un hijo enfermo en Cafarnaún. Oyendo que Jesús había llegado de Judea a Galilea, fue a verle, y le pedía que bajase a curar a su hijo que estaba muriéndose. Jesús le dijo: "Como no veis signos y prodigios, no creéis". El funcionario insiste: "Señor, baja antes de que se muera mi niño". Jesús le contesta: "Anda, tu hijo está curado". El hombre creyó en la palabra de Jesús y se puso en camino. Iba ya bajando, cuando sus criados vinieron a su encuentro diciéndole que su hijo estaba curado. Él les preguntó a qué hora había empezado la mejoría. Y le contestaron: "Hoy a la una lo dejó la fiebre". El padre cayó en la cuenta de que ésa era la hora cuando Jesús le había dicho: "Tu hijo está curado". Y creyó él con toda su familia. Este segundo signo lo hizo Jesús al llegar de Judea a Galilea.

Jesús es el profeta por excelencia, ya anunciado por el Antiguo Testamento, "suscitaré un profeta y pondré mis palabras en su boca" Dt. 18,15 ss. Desde la vida espiritual el hijo enfermo es figura del espíritu enfermo. El pecado debilita la vida de comunión trinitaria dentro de la persona. La fiebre en el organismo, es el sistema de alarma para indicar que algo no marcha bien. La palabra nos invita a correr en busca de Jesús pues El tiene el poder para curar este hijo.

Martes, 28 de marzo de 2006

Jn 5, 1-3a. 5-16

Se celebraba una fiesta de los judíos, y Jesús subió a Jerusalén. Hay en Jerusalén, junto a la puerta de las ovejas, una piscina que llaman en hebreo Betesda. Ésta tiene cinco soportales, y allí estaban echados muchos enfermos, ciegos, cojos, paralíticos. Estaba también allí un hombre que llevaba treinta y ocho años enfermo. Jesús, al verlo echado, y sabiendo que ya llevaba mucho tiempo, le dice: "¿Quieres quedar sano?". El enfermo le contestó: "Señor, no tengo a nadie que

me meta en la piscina cuando se remueve el agua; para cuando llego yo, otro se me ha adelantado". Jesús le dice: "Levántate, toma tu camilla y echa a andar". Y al momento el hombre quedó sano, tomó su camilla y echó a andar. Aquel día era sábado, y los judíos dijeron al hombre que había quedado sano: "Hoy es sábado, y no se puede llevar la camilla". Él les contestó: "El que me ha curado es quien me ha dicho: Toma tu camilla y echa a andar". Ellos le preguntaron: "¿Quién es el que te ha dicho que tomes la camilla y eches a andar?". Pero el que había quedado sano no sabía quién era, porque Jesús, aprovechando el barullo de aquel sitio, se había alejado. Más tarde lo encuentra Jesús en el templo y le dice: "Mira, has quedado sano; no peques más, no sea que te ocurra algo peor". Se marchó aquel hombre y dijo a los judíos que era Jesús quien lo había sanado. Por esto los judíos acosaban a Jesús, porque hacía tales cosas en sábado.

Este evangelio está lleno de una profunda significación, de una parte la referencia a las ovejas es clara alusión al sacrificio de Cristo ya que el es el cordero degollado en pro de nuestra salvación. Los cinco soportales del texto son figura de la Torá, es decir, de los cinco primeros libros de la Biblia. El Mesías curaría según las profecías a los ciegos, cojos y paralíticos, los signos que lo identificarían sería la curación de estos. La piscina es imagen del bautismo, en definitiva el bautismo es donde Jesús cura con su palabra y con los signos sacramentales que allí se contienen. Jesús le dice una vez curado de tomar la camilla, signo de la cruz. El que quiera seguirme cargue con su cruz cada día y me siga.

Miércoles, 29 de marzo de 2006

Jn 5, 17-30

Dijo Jesús a los judíos: "Mi Padre sigue actuando, y yo también actúo". Por eso los judíos tenían más ganas de matarlo: porque no sólo abolía el sábado, sino también llamaba a Dios Padre suyo, haciéndose igual a Dios. Jesús tomó la palabra y les dijo: "Os lo aseguro: El Hijo no puede hacer por su cuenta nada que no vea hacer al Padre. Lo que hace éste, eso mismo hace también el Hijo, pues el Padre ama al Hijo y le muestra todo lo que él hace, y le mostrará obras mayores que ésta, para vuestro asombro. Lo mismo que el Padre resucita a los muertos y les da vida, así también el Hijo da vida a los que quiere. Porque el Padre no juzga a nadie, sino que ha confiado al Hijo el juicio de todos, para que todos honren al Hijo como honran al Padre. El que no honra al Hijo no honra al Padre que lo envió. Os lo aseguro: Quien escucha mi palabra y cree al que me envió, posee la vida eterna y no se le llamará a juicio, porque ha

pasado ya de la muerte a la vida. Os aseguro que llega la hora, y ya está aquí, en que los muertos oirán la voz del Hijo de Dios, y los que hayan oído vivirán. Porque, igual que el Padre dispone de la vida, así ha dado también al Hijo el disponer de la vida, y le ha dado potestad de juzgar, porque es el Hijo del hombre. No os sorprenda, porque viene la hora en que los que están en el sepulcro oirán su voz: los que hayan hecho el bien saldrán a una resurrección de vida; los que hayan hecho el mal, a una resurrección de juicio. Yo no puedo hacer nada por mí mismo; según le oigo, juzgo, y mi juicio es justo, porque no busco mi voluntad, sino la voluntad del que me envió”.

Jesús ha venido para revelar al Padre, esta revelación se hace tangible por la escucha de su palabra. Hay que recordar la característica peculiar de la cuaresma, el hecho catecumenal, el catecumenado es el tiempo de la escucha de la palabra y de la adhesión a esta. Acoger la palabra es acoger a Cristo y éste resucitado.

Jueves, 30 de marzo de 2006

Jn 5, 31-47

Dijo Jesús a los judíos: “Si yo doy testimonio de mí mismo, mi testimonio no es válido. Hay otro que da testimonio de mí, y sé que es válido el testimonio que da de mí. Vosotros enviasteis mensajeros a Juan, y él ha dado testimonio de la verdad. No es que yo dependa del testimonio de un hombre; si digo esto es para que vosotros os salvéis. Juan era la lámpara que ardía y brillaba, y vosotros quisísteis gozar un instante de su luz. Pero el testimonio que yo tengo es mayor que el de Juan: las obras que el Padre me ha concedido realizar; esas obras que hago dan testimonio de mí; que el Padre me ha enviado. Y el Padre que me envió, él mismo ha dado testimonio de mí. Nunca habéis escuchado su voz, ni visto su semblante, y su palabra no habita en vosotros, porque al que él envió no le creéis. Estudiáis las Escrituras pensando encontrar en ellas vida eterna; pues ellas están dando testimonio de mí, ¡y no queréis venir a mí para tener vida! No recibo gloria de los hombres; además, os conozco y sé que el amor de Dios no está en vosotros. Yo he venido en nombre de mi Padre, y no me recibisteis; si otro viene en nombre propio, a ése sí lo recibiréis. ¿Cómo podréis creer vosotros, que aceptáis gloria unos de otros y no buscáis la gloria que viene del único Dios? No penséis que yo os voy a acusar ante el Padre, hay uno que os acusa: Moisés, en quien tenéis vuestra esperanza. Si creyerais a Moisés, me creeríais a mí, porque de mí escribió él. Pero, si no dais fe a sus escritos, ¿cómo daréis fe a mis palabras?”.

La misión de Jesús es dar a conocer al Padre. Un Padre lleno de ternura y de amor hacia sus hijos, dicho Padre ha dado testimonio de su hijo Jesús en el bautismo de éste en el Jordán y en el monte Tabor durante la transfiguración. Jesús en este evangelio desengaña a los fariseos, que tan estudiosos eran de la escritura pero que no atinaban a ver esa escritura hecha palabra viviente en la carne de Jesús. El estudio que realizaban de la escritura era para su crecimiento personal e intelectual pero poco para la gloria de Dios.

Viernes, 31 de marzo de 2006

Jn 7, 1-2. 10. 25-30

Recorría Jesús la Galilea, pues no quería andar por Judea porque los judíos trataban de matarlo. Se acercaba la fiesta judía de las tiendas. Después que sus primeros parientes se marcharon a la fiesta, entonces subió el también, no abiertamente, sino a escondidas. Entonces algunos que eran de Jerusalén dijeron: "¿No es éste el que intentan matar? Pues mirad como habla abiertamente, y no le dicen nada. ¿Será que los jefes se han convencido de que éste es el Mesías? Pero sabemos de dónde viene, mientras que el Mesías, cuando llegue, nadie sabrá de dónde viene". Entonces Jesús, mientras enseñaba en el templo, gritó: "A mí me conocéis, y conocéis de dónde vengo. Sin embargo, yo no vengo por mi cuenta, sino enviado por el que es veraz; a ése vosotros no lo conocéis; yo lo conozco, porque procedo de él, y él me ha envidado". Entonces intentaban agarrarlo; pero nadie le pudo echar mano, porque todavía no había llegado su hora.

La referencia a la fiesta de las tiendas es clave para comprender este evangelio. Hay que situarse en septiembre-octubre, la fiesta de las tiendas o "sukkot" era la fiesta que Israel celebraba para recordar la permanencia en el desierto durante cuarenta años y como Dios les sostuvo allí. Es una fiesta también agrícola que celebra la cosecha final del año. Se hace una clara relación al Exodo y a los frutos, Jesús está preparando su éxodo, su paso al Padre obteniendo como fruto la salvación de todos los hombres.

Sábado, 1 de abril de 2006*Jn 7, 40-53*

Algunos de entre la gente, que habían oído que los discursos de Jesús, decían: "Éste es de verdad el profeta". Otros decían: "Éste es el Mesías". Pero otros decían: "¿Es que de Galilea va a venir el Mesías? ¿No dice la Escritura que el Mesías vendrá del linaje de David, y de Belén, el pueblo de David?" Y así surgió entre la gente una discordia por su causa. Algunos querían prenderlo, pero nadie le puso la mano encima. Los guardias del templo acudieron a los sumos sacerdotes y fariseos, y éstos les dijeron: "¿Por qué no lo habéis traído?". Los guardias respondieron: "Jamás ha hablado nadie como ese hombre". Los fariseos les replicaron: "¿También vosotros os habéis dejado embaucar? ¿Hay algún jefe o fariseo que haya creído en él? Esa gente que no entiende de la Ley son unos malditos". Nicodemo, el que había ido en otro tiempo a visitarlo y que era fariseo, les dijo: "¿Acaso nuestra ley permite juzgar a nadie sin escucharlo primero y averiguar lo que ha hecho?". Ellos le replicaron: "¿También tú eres galileo? Estudia y verás que de Galilea no salen profetas". Y se volvieron cada uno a su casa.

La gente se cuestionaba sobre quién era Jesús y no aceptaban su procedencia, puede pasarnos también a nosotros, juzgar a las personas por su apariencia o su origen. Aquí se está tocando la dificultad de aceptar el misterio de la encarnación, Jesús se presenta con unos orígenes que no oculta antes bien los pone de manifiesto. Los fariseos no son capaces de romper su estructura para aceptar que los planes de Dios son diferentes y que ha querido que su hijo Jesucristo naciera en Belén (Judea) pero se criara en Galilea.

Domingo, 2 de abril de 2006*Jn 12, 20-33*

Entre los que habían venido a celebrar la fiesta había algunos griegos; éstos, acercándose a Felipe, el de Betsaida de Galilea, le rogaban: "Señor, quisiéramos ver a Jesús". Felipe fue a decírselo a Andrés; y Andrés y Felipe fueron a decírselo a Jesús. Jesús les contestó: "Ha llegado la hora de que sea glorificado el Hijo del hombre. Os aseguro que si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda infecundo; pero si muere, da mucho fruto. El que se ama a sí mismo se pierde, y el que se aborrece a sí mismo en este mundo se guardará para la vida eterna. El que quiera servirme, que me siga, y donde esté yo, allí también estará mi servidor; a quien me sirva, el Padre lo premiará. Ahora mi alma está agitada, y ¿qué diré?:

Padre, líbrame de esta hora. Pero si por esto he venido, para esta hora. Padre, glorifica tu nombre". Entonces vino una voz del cielo: "Lo he glorificado y volveré a glorificarlo". La gente que estaba allí y lo oyó decía que había sido un trueno; otros decían que le había hablado un ángel. Jesús tomó la palabra y dijo: "Esta voz no ha venido por mí, sino por vosotros. Ahora va a ser juzgado el mundo; ahora el Príncipe de este mundo va a ser echado fuera. Y cuando yo sea elevado sobre la tierra atraeré a todos hacia mí". Esto lo decía dando a entender la muerte de que iba a morir.

El Señor está preparando a sus discípulos para el trágico momento de la pasión. Ese grano de trigo que tiene que caer en tierra y dar fruto es Cristo. Este evangelio es existencial, Jesús pone de manifiesto sus sentimientos, su angustia, pero se abandona a la voluntad del Padre y es consolado por éste. Sabe que su muerte va a significar la destrucción del principado de Satanás.

Lunes, 3 de abril de 2006

Jn 8, 1-11

Jesús se retiró al monte de los Olivos. Al amanecer se presentó de nuevo en el templo, y todo el pueblo acudía a él, y, sentándose, les enseñaba. Los escribas y los fariseos le traen una mujer sorprendida en adulterio y, colocándola en medio, le dijeron: "Maestro, esta mujer ha sido sorprendida en flagrante adulterio. La ley de Moisés nos manda apedrear a las adúlteras; tú, ¿qué dices?". Le preguntaban esto para comprometerlo y poder acusarlo. Pero Jesús, inclinándose, escribía con el dedo en el suelo. Como insistían en preguntarle, se incorporó y les dijo: "El que esté sin pecado, que tire la primera piedra". E inclinándose otra vez, siguió escribiendo. Ellos, al oírlo, se fueron escabullendo uno a uno, empezando por los más viejos. Y quedó solo Jesús, con la mujer, que seguía allí delante. Jesús se incorporó y le preguntó: "Mujer, ¿dónde están tus acusadores?; ¿ninguno te ha condenado?". Ella contestó: "Ninguno, Señor". Jesús dijo: "Tampoco yo te condeno. Anda, y en adelante no peques más".

Jesús busca la intimidad con su Padre por eso dice el texto que se retiró al Huerto de los Olivos. De nuevo es puesto a prueba por los escribas y los fariseos sobre el caso de una mujer adúltera pero el no entra en disquisiciones solo escribe con el dedo en el suelo. ¿Quizá no estaba aludiendo al hecho de que Dios con su dedo ha creado del polvo de la tierra al hombre?, ¿o quizá estaba denunciando con la escritura los pecados de los acusadores?. Lo cierto es que la mujer ha

quedado exonerada de todas sus deudas y todos han escapado. Jesús no ha venido a condenar sino a salvar.

Martes, 4 de abril de 2006

Jn 8, 21-30

Dijo Jesús a los fariseos: "Yo me voy y me buscaréis, y moriréis por vuestro pecado. Donde yo voy no podéis venir vosotros". Y los judíos comentaban: "¿Será que va a suicidarse, y por eso dice: "Donde yo voy no podéis venir vosotros"?". Y él continuaba: "Vosotros sois de aquí abajo, yo soy de allá arriba: vosotros sois de este mundo, yo no soy de este mundo. Con razón os he dicho que moriréis por vuestros pecados: pues, si no creéis que yo soy, moriréis por vuestros pecados". Ellos le decían: "¿Quién eres tú?". Jesús les contestó: "Ante todo, eso mismo que os estoy diciendo. Podría decir y condenar muchas cosas en vosotros; pero el que me envió es veraz, y yo comunico al mundo lo que he aprendido de él". Ellos no comprendieron que les hablaba del Padre. Y entonces dijo Jesús: "Cuando levantéis al Hijo del hombre, sabréis que soy yo, y que no hago nada por mi cuenta, sino que hablo como el Padre me ha enseñado. El que me envió está conmigo, no me ha dejado solo; porque yo hago siempre lo que le agrada". Cuando les exponía esto, muchos creyeron en él.

Querido hijo de Dios:

Uno se da cuenta de lo que tenía cuando lo ha perdido, o también que tiene que darse con la nariz en la pared para volver atrás. Sólo cuando sabemos y reconocemos que estamos enfermos podemos ir al médico y curarnos.

En medio del desierto, Yahvé manda a Moisés hacer una serpiente de bronce y clavarla en un palo de manera que al mirarla, los mordidos por la serpiente, se curen. Una condición les pone: que se atrevan a mirar de frente.

Atreverse a encarar la realidad, la verdad de nuestra situación, es ponerse en camino de curarse, de "aprender" a solucionar los problemas.

Sólo mirando a Cristo Crucificado, sólo mirando la realidad de nuestro mundo y sus cruces, podemos encontrar el principio de hacer algo nuevo, de hacer algo por los demás.

Cuando alguien mira la realidad de cerca, se ve atrapado por ella y no le deja escapar; es la experiencia de los voluntarios que van por un mes al tercer mundo y se quedan años o toda la vida.

¡Así hacemos como el Señor nos enseñó!

Miércoles, 5 de abril de 2006

Jn 8, 31-42

Dijo Jesús a los judíos que habían creído en él: "Si os mantenéis en mi palabra, seréis de verdad discípulos míos; conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres". Le replicaron: "Somos linaje de Abrahán y nunca hemos sido esclavos de nadie. ¿Cómo dices tú: "Seréis libres"?". Jesús les contestó: "os aseguro que quien comete pecado es esclavo. El esclavo no se queda en la casa para siempre, el hijo se queda para siempre. Y si el Hijo os hace libres, seréis realmente libres. Ya sé que sois linaje de Abrahán; sin embargo, tratáis de matarme, porque no dais cabida a mis palabras. Yo hablo de lo que he visto junto a mi Padre, pero vosotros hacéis lo que le habéis oído a vuestro padre". Ellos replicaron: "Nuestro padre es Abrahán". Jesús les dijo: "Si fuerais hijos de Abrahán, haríais lo que hizo Abrahán. Sin embargo, tratáis de matarme a mí, que os he hablado de la verdad que le escuché a Dios, y eso no lo hizo Abrahán. Vosotros hacéis lo que hace vuestro padre". Le replicaron: "Nosotros no somos hijos de prostitutas; tenemos un solo padre: Dios". Jesús les contestó: "Si Dios fuera vuestro padre, me amaríais, porque yo salí de Dios, y aquí estoy. Pues no he venido por mi cuenta, sino que él me envió".

Querido hombre-mujer:

Como que a nuestro Dios no le gustan "nuestras políticas", eso de mano izquierda o lo de "saber estar", cuando todas estas expresiones señalan unos comportamientos de inconsecuencia, de hombres y mujeres "veleta", del "depende". Esto es así o de otra manera según las conveniencias.

El Libro de Daniel nos narra la experiencia de Sidrac, Misac y Abdénago que tienen tal confianza en el Dios de sus padres que no lo cambian por nada del mundo; ni siquiera por la amenaza de muerte por Nabucodonosor.

El evangelio de Juan nos incita, al finalizar la Cuaresma, a buscar la mayor perfección en el camino de nuestra conversión. ¿Qué le diríamos al médico que nos cura sólo a medias?

Dios quiere salud, salvación total: con todo el corazón, con toda el alma. Porque nos merecemos lo mejor, Dios quiere darnos toda la vida, todo el amor.

Jueves, 6 de abril de 2006

Jn 8, 51-59

Dijo Jesús a los judíos: "Os aseguro: quien guarda mi palabra no sabrá lo que es morir para siempre". Los judíos le dijeron: "Ahora vemos claro que estás endemoniado; Abrahán murió, los profetas también, ¿y tú dices: "Quien guarde mi palabra no conocerá lo que es morir para siempre"? ¿Eres tú más que nuestro padre Abrahán, que murió? También los profetas murieron, ¿por quién te tienes?". Jesús contestó: "Si yo me glorificara a mí mismo, mi gloria no valdría nada. El que me glorifica es mi Padre, de quien vosotros decís: "Es nuestro Dios", aunque no lo conocéis. Yo sí lo conozco, y si dijera: "No lo conozco" sería, como vosotros, un embustero; pero yo lo conozco y guardo su palabra. Abrahán, vuestro padre, saltaba de gozo pensando ver mi día; lo vio, y se llenó de alegría". Los judíos le dijeron: "no tienes todavía cincuenta años, ¿y has visto a Abrahán?". Jesús les dijo: "Os aseguro que antes que naciera Abrahán existo yo". Entonces agarraron piedras para tirárselas, pero Jesús se escondió y salió del templo.

Queridos creyentes:

Hoy el Señor nos presenta a Abrahán como modelo de creyente, como Padre en la fe. Una fe que Abrahán ha ido consolidando a lo largo de su vida. Una fe que ya no necesita hablarse; es puro entendimiento con Dios.

Se nos habla en la primera lectura de una alianza que Dios hace con Abrahán cuando este alcanza la edad de 99 años., toda una vida de creyente. Abrahán ya le ha dicho todo a Dios; ahora se limita (rostro en tierra) a acoger la alianza de Dios. Después de mucho buscar a Dios, se hace su amigo entrañable, un aliado de por vida, para siempre, de él y de sus descendientes.

Lo mismo nos sucede con Jesús: "Os aseguro que quien cumpla mi palabra no sufrirá jamás la muerte".

La fe tiene hasta esa confianza, quizá atrevimiento, de creer que algo que es tan serio, tan vital, tan hecho por amor, no se acabará jamás. Y el Señor se acuerda de la alianza hecha con Abrahán eternamente.

Viernes, 7 de abril de 2006. Viernes de Dolores.

Jn 10, 31-42

Los judíos agarraron piedras para apedrear a Jesús: Él les replicó: "Os he hecho ver muchas obras buenas por encargo de mi Padre: ¿por cuál de ellas me apedreáis?". Los judíos le contestaron: "No te apedreamos por una obra buena, sino por una blasfemia: porque tú, siendo un hombre, te haces Dios". Jesús les replicó: "¿No está escrito en vuestra ley: "Yo os digo: sois dioses"? Si la Escritura llama dioses a aquellos a quienes vino la palabra de Dios (y no puede fallar la Escritura), a quien el Padre consagró y envió al mundo, ¿decís vosotros que blasfema porque dice que es hijo de Dios? Si no hago las obras de mi Padre, no me creáis, pero si las hago, aunque no me creáis a mí, creed a las obras, para que comprendáis y sepáis que el Padre está en mí, y yo en el Padre". Intentaron de nuevo detenerlo, pero se les escabulló de las manos. Se marchó de nuevo al otro lado del Jordán, al lugar donde antes había bautizado Juan, y se quedó allí. Muchos acudieron a él y decían: "Juan no hizo ningún signo; pero todo lo que Juan dijo de éste era verdad". Y muchos creyeron en él allí.

Queridos hermanos:

Este día es conocido como "Viernes de Dolores", porque antes se celebraba en este día la Virgen de los Dolores.

Era una buena manera de entrar en la Semana Santa, acompañados de la Virgen María, una buena manera de sentirnos arropados por la presencia de la mujer fuerte, compasiva, de pie, al lado de su Hijo sufriente.

Así nos dice Jeremías que hemos de enfrentar las situaciones difíciles: con entereza, "porque el Señor está conmigo como fiero soldado, mis perseguidores tropezarán y no me vencerán".

En el evangelio se refleja nuestro mundo plural, pero sin la capacidad de dialogar, de entendimiento; priman los intereses de unos sobre los de otros: lo que importa es quedar en pie unos, destruyendo a otros.

Así le ocurre a Jesús: ¿por qué obra buena queréis apedrearme? (no ha hecho nada malo). "Porque siendo hombre te haces Dios". El caso es buscar alguna excusa para eliminar la verdad y la justicia, para no quedar nosotros al descubierto.

Sábado, 8 de abril de 2006. Sábado de Pasión.

Jn 11, 45-57

Muchos judíos que habían venido a casa de María, al ver lo que había hecho Jesús [*la resurrección de su hermano Lázaro*], creyeron en él. Pero algunos acudieron a los fariseos y les contaron lo que había hecho Jesús. Los sumos sacerdotes y los fariseos convocaron el Sanedrín y dijeron: "¿Qué hacemos? Este hombre hace muchos signos. Si lo dejamos seguir, todos creerán en él, y vendrán los romanos y nos destruirán el lugar santo y la nación". Uno de ellos, Caifás, que era sumo sacerdote aquel año, les dijo: "Vosotros no entendéis ni palabra; no comprendéis que os conviene que uno muera por el pueblo, y que no perezca la nación entera". Esto no lo dijo por propio impulso, sino que, por ser sumo sacerdote aquel año, habló proféticamente, anunciando que Jesús iba a morir por la nación; y no sólo por la nación, sino también para reunir a los hijos de Dios dispersos. Y aquel día decidieron darle muerte. Por eso Jesús ya no andaba públicamente con los judíos, sino que se retiró a la región vecina al desierto, a una ciudad llamada Efraín, y pasaba allí el tiempo con los discípulos. Se acercaba la Pascua de los judíos, y muchos de aquella región subían a Jerusalén, antes de la Pascua, para purificarse. Buscaban a Jesús y, estando en el templo, se preguntaban: "¿Qué os parece? ¿No vendrá a la fiesta?". Los sumos sacerdotes y fariseos habían mandado que el que se enterase de dónde estaba les avisara para prenderlo.

¿Destruir para construir nosotros o morir para nacer de nuevo?

Así es la lógica de algunos poderosos de este mundo y la lógica de Dios.

La lógica de Dios: "Yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo". Para que no olvidemos nunca que el Señor va a estar siempre ahí, con su alianza, con su cercanía, con su amor. Y estar siempre significa también el cumplir siempre compromisos, también para indicar el camino: morir uno mismo (no matar) para renacer de nuevo, para resucitar a una vida nueva. Cambiar uno para que cambie el mundo.

Pero es más fácil destruir sin construir; es más fácil dar muerte para que desaparezca el otro y así nos deje el camino libre, nos deje en paz.

Cuando hablamos mucho de diálogo, de respeto a las mayorías, etc., encontramos enseguida medio para defendernos y contraatacar: es más bien un "diálogo entre sordos".

No lo olvidemos: "el grano tiene que caer en tierra", desaparecer "lo viejo"; las malas costumbres; "pero sí muere, da mucho fruto".

Domingo, 9 de abril de 2006. Domingo de Ramos.

Procesión

Mc 11, 1-10

Se acercaban a Jerusalén, por Betfagé y Betania, junto al monte de los Olivos, y Jesús mandó a dos de sus discípulos, diciéndoles: "Id a la aldea de enfrente, y en cuanto entréis, encontraréis un borrico atado, que nadie ha montado todavía. Desatadlo y traedlo. Y si alguien os pregunta por qué lo hacéis, contestadle: "El Señor lo necesita y lo devolverá pronto"". Fueron y encontraron el borrico en la calle, atado a una puerta, y lo soltaron. Algunos de los presentes les preguntaron: "¿Por qué tenéis que desatar el borrico?". Ellos les contestaron como había dicho Jesús; y se lo permitieron. Llevaron el borrico, le echaron encima sus mantos, y Jesús se montó. Muchos alfombraron el camino con sus mantos, otros con ramas cortadas en el campo. Los que iban delante y detrás gritaban: "Hosanna, bendito el que viene en nombre del Señor. Bendito el reino que llega, el de nuestro padre David. ¡Hosanna en el cielo!"

Misa

Mc 15, 1-39. Pasión de Nuestro Señor Jesucristo

Apenas se hizo de día, los sumos sacerdotes, con los ancianos, los escribas y el Sanedrín en pleno, se reunieron, y, atando a Jesús, lo llevaron y lo entregaron a Pilato. Pilato le preguntó: "¿Eres tú el rey de los judíos?". Él respondió: "Tú lo dices". Y los sumos sacerdotes lo acusaban de muchas cosas. Pilato le preguntó de nuevo: "¿No contestas nada? Mira cuántos cargos presentan contra ti". Jesús no contestó más; de modo que Pilato estaba muy extrañado. Por la fiesta solía soltarse un preso, el que le pidieran. Estaba en la cárcel un tal Barrabás, con los revoltosos que habían cometido un homicidio en la revuelta. La gente subió y empezó a pedir el indulto de

costumbre. Pilato les contestó: “¿Queréis que os suelte al rey de los judíos?”. Pues sabía que los sumos sacerdotes se lo habían entregado por envidia. Pero los sumos sacerdotes soliviantaron a la gente para que pidieran la libertad de Barrabás. Pilato tomó de nuevo la palabra y les preguntó: “¿Qué hago con el que llamáis rey de los judíos?”. Ellos gritaron de nuevo: “¡Crucifícalo!”. Pilato les dijo: “Pues, ¿qué mal ha hecho?”. Ellos gritaron más fuerte: “¡Crucifícalo!”. Y Pilato, queriendo dar gusto a la gente, les soltó a Barrabás; y a Jesús, después de azotarlo, lo entregó para que lo crucificaran. Los soldados se lo llevaron al interior del palacio –al pretorio– y reunieron a toda la compañía. Lo vistieron de púrpura, le pusieron una corona de espinas, que habían trenzado, y comenzaron a hacerle el saludo: “¡Salve, rey de los judíos!”. Le golpearon la cabeza con una caña, le escupieron; y, doblando las rodillas, se postraban ante él. Terminada la burla, le quitaron la púrpura y le pusieron su ropa. Y lo sacaron para crucificarlo. Y a uno que pasaba, de vuelta del campo, a Simón de Cirene, el padre de Alejandro y de Rufo, lo forzaron a llevar la cruz. Y llevaron a Jesús al Gólgota (que quiere decir lugar de “la Calavera”), y le ofrecieron vino con mirra; pero él no lo aceptó. Lo crucificaron y se repartieron sus ropas, echándolas a suerte, para ver lo que se llevaba cada uno. Era media mañana cuando lo crucificaron. En el letrero de la acusación estaba escrito: “El rey de los judíos”. Crucificaron con él a dos bandidos, uno a su derecha y otro a su izquierda. Los que pasaban lo injuriaban, meneando la cabeza y diciendo: “¡Anda!, tú que destruías el templo y lo reconstruías en tres días, sálvate a ti mismo bajando de la cruz”. Los sumos sacerdotes con los escribas se burlaban también de él, diciendo: “A otros ha salvado, y a sí mismo no se puede salvar. Que el Mesías, el rey de Israel, baje ahora de la cruz, para que lo veamos y creamos”. También los que estaban crucificados con él lo insultaban. Al llegar el mediodía, toda la región se quedó en tinieblas hasta la media tarde. Y, a la media tarde, Jesús clamó con voz potente: “Eloí, Eloí, lamá sabaktaní”. Que significa: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?”. Algunos de los presentes, al oírlo, decían: “Mira, está llamando a Elías”. Y uno echó a correr y, empapando una esponja en vinagre, la sujetó a una caña, y le daba de beber, diciendo: “Dejad, a ver si viene Elías a bajarlo”. Y Jesús, dando un fuerte grito, expiró. El velo del templo se rasgó en dos, de arriba abajo. El centurión, que estaba enfrente, al ver cómo había expirado, dijo: “Realmente este hombre era Hijo de Dios”.

El Domingo de Ramos nos introduce en la Semana Santa. Engloba dos aspectos del Misterio Pascual: muerte y vida, humillación y triunfo, entrada triunfal en Jerusalén y el siervo que es crucificado para así, por amor, llegar al triunfo final, resucitar.

El oído, la palabra y la confianza. Tres actitudes fundamentales en “el siervo”, el servidor, el creyente.

Escucha atentamente cada mañana la voz de Dios. Sólo el que escucha la palabra divina está en condiciones de poder anunciarla, de poder decir al abatido una palabra de aliento. Ahí radica su fuerza, su palabra salvadora.

Esto le da tal confianza divina, que podrá soportar las dificultades, pues esta es la causa de Dios y Él hará que sus planes salgan adelante.

San Pablo en la Segunda Lectura nos hace pensar en la expresión de nuestra fe, “Jesús es el Señor”, y su señorío nace de tanto amor, de estar a disposición de todos, de los más necesitados, como esclavo de todos; hasta dar la vida, en una muerte de cruz. Por eso, por su amor en extremo, Dios lo exaltó y le dio el nombre de “Señor” del Cielo y la Tierra.

En cuanto al relato de la Pasión, no es para comentarios, sino para meditar, para descubrirnos en ella como actores, con todas las consecuencias, puesto que Cristo sigue padeciendo, muriendo y resucitando.

Lunes, 10 de abril de 2006. Lunes Santo.

Jn 12, 1-11

Seis días antes de la Pascua, fue Jesús a Betania, donde vivía Lázaro, a quien había resucitado de entre los muertos. Allí le ofrecieron una cena; Marta servía, y Lázaro era uno de los que estaban con él a la mesa. María tomó una libra de perfume de nardo, auténtico y costoso, le ungió los pies y se los enjugó con su cabellera. Y la casa se llenó de la fragancia del perfume. Judas Iscariote, uno de sus discípulos, el que lo iba a entregar, dice: “¿Por qué no se ha vendido este perfume por trescientos denarios para dárselos a los pobres?”. Esto lo dijo, no porque le importasen los pobres, sino porque era un ladrón; y como tenía la bolsa llevaba lo que le iban echando. Jesús dijo: “Déjala, lo tenía guardado para el día de mi sepultura; porque los pobres los tenéis siempre con vosotros, pero a mí no siempre me tenéis”.

Una muchedumbre de judíos se enteró de que estaba allí y fueron no sólo por Jesús, sino también para ver a Lázaro, al que había resucitado de entre los muertos. Los sumos sacerdotes decidieron

matar también a Lázaro, porque muchos judíos, por su causa, se les iban y creían en Jesús.

Tras la liturgia del Domingo de Ramos, cargada de insinuaciones de triunfo y muerte, los días sucesivos antes del Jueves se enmarcan en la atmósfera que cobija el Misterio Pascual de **Cristo**, es decir, su Pasión, su Muerte y su Resurrección.

El relato de este día es un preanuncio de la culminación en la donación de Cristo. La narración de la **unción en Betania**, pasaje tan querido y cuidado por alguna de nuestras Agrupaciones de cofrades, arranca con una referencia cronológica: seis días antes de la Pascua. Es un modo de sugerir la inminencia de que algo importante había de pasar en aquella Pascua. Se acercaba la "hora" de **Jesús**, que es el modo como el evangelio de San Juan describe la cúspide del amor de Cristo: "*Habiendo amado a los suyos, los amó hasta el extremo*".

Llama la atención que en un contexto de vida y alegría (**Lázaro** resucitado, banquete celebrativo, derroche de perfume, afluencia de gente...), aparezcan las notas disonantes que hablan de traición y de muerte, encarnadas en **Judas Iscariote** -raquíto y ratero- y en los **Sumos Sacerdotes** -envidiosos y taimados-.

Jesús intuye lo que se le avecina y, sin perder la serenidad, ilumina la situación con una referencia sutil a la proximidad con que han de concebirse su persona y los pobres de esta tierra.

Es un relato que, de algún modo, escenifica la realidad de la vida misma, en que se mezclan lo entusiástico con lo dramático, lo esperanzador con lo escalofriante, la cruz con la luz. El final será siempre de la luz.

Y algo más aleccionador: **los pobres** siempre los tendréis con vosotros. En ellos está Él. Por eso han de ser objeto de nuestras predilecciones.

Martes, 11 de abril de 2006. Martes Santo.

Jn 13, 21-33. 36-38

Jesús, profundamente conmovido, dijo: "Os aseguro que uno de vosotros me va a entregar". Los discípulos se miraron unos a otros perplejos, por no saber de quién lo decía. Uno de ellos, el que Jesús tanto amaba, estaba reclinado a la mesa junto a su pecho. Simón

Pedro le hizo señas para que averiguase por quién lo decía. Entonces él, apoyándose en el pecho de Jesús, le preguntó: "Señor, ¿quién es?". Le contestó Jesús: "Aquel a quien yo le de este trozo de pan untado". Y, untando el pan, se lo dio a Judas, hijo de Simón el Iscariote. Detrás del pan, entró en él Satanás. Entonces Jesús le dijo: "Lo que tienes que hacer hazlo en seguida". Ninguno de los comensales entendió a qué se refería. Como Judas guardaba la bolsa, algunos suponían que Jesús le encargaba comprar lo necesario para la fiesta o dar algo a los pobres. Judas, después de tomar el pan, salió inmediatamente. Era de noche.

Cuando salió, dijo Jesús: "Ahora es glorificado el Hijo del hombre, y Dios es glorificado en él, también Dios lo glorificará en sí mismo: pronto lo glorificará. Hijos míos, me queda poco de estar con vosotros. Me buscaréis, pero lo que dije a los judíos os lo digo ahora a vosotros: "Donde yo voy, vosotros no podéis ir"". Simón Pedro le dijo: "Señor, ¿adónde vas?". Jesús le respondió: "A donde yo voy no me puedes acompañar ahora, me acompañarás más tarde". Pedro replicó: "Señor, ¿por qué no puedo acompañarte ahora? Daré mi vida por ti". Jesús le contestó: "¿Conque darás tu vida por mí? Te aseguro que no cantará el gallo antes que me hayas negado tres veces".

El pasaje evangélico es una escenificación magistral de los **acontecimientos prepascuales**. El proceso que se descubre en la redacción sirve para aumentar el dramatismo de los hechos y para enmarcar la tensión que en el evangelio de **San Juan** se vive desde comienzos de este capítulo 13.

El contexto es de ambiente de plenitud de amor, representado en el **clima eucarístico** de pan de vida y de lavatorio de los pies. Es un marco amical, de reunión de íntimos, que alcanza dos cotas especiales: el hecho de reposar junto al corazón de Cristo y el dato de participar del mismo pan untado. El resultado es paradójico: **Juan** se deja apresar por las entrañas de Jesús y **Judas** se ve dominado por la noche y Satanás.

Por otra parte, llama la atención la miopía que tiene limitados a quienes son inocentes en el drama: no se preguntan por cuáles serán las **consecuencias de la traición** -que era lo importante-, sino por quién va a ser el conspirador -que es absolutamente secundario-.

Además se pone de manifiesto la **mansedumbre de Cristo** y su discreción. Respeta totalmente la libertad de la persona. Al traidor lo envía y le deja irse sin un reproche. Está aceptando su muerte con un sentido de benevolencia entregada: se va hacia la Cruz. Y lo anuncia sutilmente: Me voy a donde no podéis acompañarme de momento.

En esa tenue alusión, va incluida una clave sorprendente, para entender el significado profundo de aquel momento: se acerca la hora de su **Glorificación**, el momento cumbre en que el Padre acogerá el sacrificio del Hijo, que se deja llevar por la fascinación por hacer la voluntad divina.

Un apunte más: la autoseguridad termina por llevar a medir mal las propias posibilidades, al engaño de uno mismo y, en último término, al desastre final. Es el caso de **Pedro**: su bravuconería ("*Daré mi vida por tí*") terminará siendo su vergüenza ("*Me negarás tres veces*").

Miércoles, 12 de abril de 2006. Miércoles Santo.

Mt 26, 14-25

Uno de los Doce, llamado Judas Iscariote, fue a los sumos sacerdotes y les propuso: "¿Qué estáis dispuestos a darme, si os lo entrego?". Ellos se ajustaron con él en treinta monedas. Y desde entonces andaba buscando ocasión propicia para entregarlo. El primer día de los Ázimos se acercaron los discípulos a Jesús y le preguntaron: "¿Dónde quieres que te preparemos la cena de Pascua?". Él contestó: "Id a la ciudad, a casa de Fulano, y decidle: "El Maestro dice: Mi momento está cerca; deseo celebrar la Pascua en tu casa con mis discípulos"". Los discípulos cumplieron las instrucciones de Jesús y prepararon la Pascua. Al atardecer se puso a la mesa con los Doce. Mientras comían dijo: "Os aseguro que uno de vosotros me va a entregar". Ellos, consternados, se pusieron a preguntarle uno tras otro: "¿Soy yo acaso, Señor?". Él respondió: "El que ha mojado en la misma fuente que yo, ése me va a entregar. El Hijo del hombre se va, como está escrito de él; pero, ¡ay del que va a entregar al Hijo del hombre!; más le valdría no haber nacido". Entonces preguntó Judas, el que lo iba a entregar: "¿Soy yo acaso, Maestro?". El respondió: "Tú lo has dicho".

Es un pasaje paralelo al del día anterior, con un diferente tratamiento y un modo narrativo diversos al estar tomado de uno de los evangelios sinópticos, el de **San Mateo**.

Este breve relato contiene diferentes momentos:

- La objetivación de la **traición de Judas**. Todo lo tiene a punto. Únicamente falta la ocasión propicia última. Jesús parece dejarse arrinconar, sin una maniobra que esquive el peligro. Es la figura del Siervo de Yahvé, que vislumbraron los profetas, humilde y silencioso,

como oveja llevada al matadero, como cordero que se deja inmolarse sin una queja.

- La **preparación de la Pascua**. Es el mejor escenario para la culminación del proceso de subir a Jerusalén hacia la cumbre del amor. Es el trance supremo: "Mi momento está cerca". La Pascua es el tiempo de hacer memorial de la liberación por la sangre del Cordero pascual que tiñe los dinteles de las puertas hebreas. Y en la Pascua, el banquete que es evocación de la Eucaristía que consolida la comunidad ("Al atardecer se puso a la mesa con los Doce"). Estamos en la cúspide del Misterio Pascual de Cristo.

- El cierre del **proceso traicionero** de Judas, descrito como un drama: el camino que lleva a la traición del Amigo es el mismo que lleva también a que el Amigo renuncie a sí mismo a favor de los suyos. Y es que buscar el sentido de las cosas y la felicidad fuera del Señor Jesús, pasa necesariamente por la crueldad deshumanizadora de buscar el modo de eliminarlo a Él.

Jueves, 13 de abril de 2006. Jueves Santo.

Jn 13, 1-15

Antes de la fiesta de la Pascua, sabiendo Jesús que había llegado la hora de pasar de este mundo al Padre, habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo.

Estaban cenando, ya el diablo le había metido en la cabeza a Judas Iscariote, el de Simón, que lo entregara, y Jesús, sabiendo que el Padre había puesto todo en sus manos, que venía de Dios y que a Dios volvía, se levanta de la cena, se quita el manto y, tomando una toalla, se la ciñe; luego echa agua en la jofaina y se pone a lavarles los pies a los discípulos, secándolos con la toalla que se había ceñido.

Llegó a Simón Pedro, y éste le dijo: "Señor, ¿lavarme los pies tú a mí?". Jesús le replicó: "Lo que yo hago tú no lo entiendes ahora, pero lo comprenderás más tarde". Pedro le dijo: "No me lavarás los pies jamás". Jesús le contestó: "Si no te lavo, no tienes nada que ver conmigo". Simón Pedro le dijo: "Señor, no sólo los pies, sino también las manos y la cabeza". Jesús le dijo: "Uno que se ha bañado no necesita lavarse más que los pies porque todo él está limpio. También vosotros estáis limpios, aunque no todos". Porque sabía quién lo iba a entregar, por eso dijo: "No todos estáis limpios". Cuando acabó de lavarles los pies, tomó el manto, se lo puso otra vez y les dijo: "¿Comprendéis lo que he hecho con vosotros? Vosotros me llamáis "el Maestro" y "el Señor", y decís bien, porque lo soy. Pues si yo, el

Maestro y el Señor, os he lavado los pies, también vosotros debéis lavaros los pies unos a otros; os he dado ejemplo para que lo que yo he hecho con vosotros, vosotros también lo hagáis”.

Es este relato un pasaje evangélico densísimo y fundamental, propio del primer día del Triduo Pascual, del Triduo Santo. Se puede decir que en él se contiene una frase que es todo el Evangelio: *“Habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo”*. El escenario en que se inscribe la narración es de situación-límite, de ultimidades: llega la hora de pasar de este mundo al Padre. Es tiempo de redondear **la misión**: *“Para esto he venido: para que tengan vida y la tengan en abundancia”* (Jn 10, 10). Y es tiempo de vivir de **la confianza** que le merece el Padre: *“Sabiedo que el Padre había puesto todo en sus manos, que venía de Dios y que a Dios volvía...”*.

Todo se desenvuelve en el marco de la **Última Cena**, en la que Jesús instituye la **Eucaristía** y funda el **sacerdocio ministerial**. Éstos son los contenidos que subrayan los evangelios sinópticos y San Pablo en la I Carta a los Corintios (11, 23-25). Las primeras comunidades probablemente renovaban estos datos de fe en su vida ordinaria, pero tal vez habían dejado de lado sus exigencias consecuentes: la vida como servicio, como donación. De este modo la Eucaristía es evocación y es escuela de entrega total al estilo de Cristo: es día también, pues, de acoger el mandamiento nuevo del **amor fraterno**.

Por eso, el evangelio de San Juan sustituye el relato de la institución de la Eucaristía por el del **lavatorio de los pies**. Con este reemplazo se ofrece una enseñanza ineludible para quien quiera ser un verdadero discípulo: *“Os he dado ejemplo para que lo que yo he hecho con vosotros, vosotros también lo hagáis”*.

Y no se olvide que esta función de lavar los pies, en las tierras y la cultura de Israel, era propia de los esclavos. No hay **abajamiento** mayor. O tal vez sí. Sólo queda el redondeo del mismo: servir hasta la entrega de la propia vida. *“Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos”* (Jn 13, 15).

Viernes, 14 de abril de 2006. Viernes Santo.

Jn 18, 1-19, 42: Pasión de Nuestro Señor Jesucristo

Salió Jesús con sus discípulos al otro lado del torrente Cedrón, donde había un huerto, y entraron allí él y sus discípulos. Judas, el traidor, conocía también el sitio, porque Jesús se reunía a menudo allí con sus

discípulos. Judas entonces, tomando la patrulla y unos guardias de los sumos sacerdotes y de los fariseos, entró allá con faroles, antorchas y armas. Jesús, sabiendo todo lo que venía sobre él, se adelantó y les dijo: "¿A quién buscáis?". Le contestaron: "A Jesús, el Nazareno". Les dijo Jesús: "Yo soy". Estaba también con ellos Judas, el traidor. Al decirles: "Yo soy", retrocedieron y cayeron a tierra. Les preguntó otra vez: "¿A quién buscáis?". Ellos dijeron: "A Jesús, el Nazareno". Jesús contestó: "Os he dicho que soy yo. Si me buscáis a mí, dejad marchar a éstos". Y así se cumplió lo que había dicho: "No he perdido a ninguno de los que me diste". Entonces Simón Pedro, que llevaba una espada, la sacó e hirió al criado del sumo sacerdote, cortándole la oreja derecha. Este criado se llamaba Malco. Dijo entonces Jesús a Pedro: "Mete la espada en la vaina. El cáliz que me ha dado mi padre, ¿no lo voy a beber?".

Llevaron a Jesús ante Anás y Caifás

La patrulla, el tribuno y los guardias de los judíos prendieron a Jesús, lo ataron y lo llevaron primero a Anás, porque era suegro de Caifás, sumo sacerdote aquel año; era Caifás el que había dado a los judíos este consejo: "Conviene que muera un solo hombre por el pueblo". Simón Pedro y otro discípulo seguían a Jesús. Este discípulo era conocido del sumo sacerdote y entró con Jesús en el palacio del sumo sacerdote, mientras Pedro se quedó fuera a la puerta. Salió el otro discípulo, el conocido del sumo sacerdote, habló a la portera e hizo entrar a Pedro. La criada que había de portera dijo entonces a Pedro: "¿No eres tú también de los discípulos de ese hombre?". Él dijo: "No lo soy". Los criados y los guardias habían encendido un brasero, porque hacía frío, y se calentaban. También Pedro estaba con ellos de pie, calentándose. El sumo sacerdote interrogó a Jesús acerca de sus discípulos y de la doctrina. Jesús le contestó: "Yo he hablado abiertamente al mundo; yo he enseñado continuamente en la sinagoga y en el templo, donde se reúnen todos los judíos, y no he dicho nada a escondidas. ¿Por qué me interrogas a mí? Interroga a los que me han oído, de qué les he hablado. Ellos saben lo que he dicho yo". Apenas dijo esto, uno de los guardias que estaba allí le dio una bofetada a Jesús, diciendo: "¿Así contestas al sumo sacerdote?". Jesús respondió: "Si he faltado al hablar, muestra en qué he faltado; pero si he hablado como se debe, ¿por qué me pegas?". Entonces Anás lo envió atado a Caifás, sumo sacerdote.

Simón Pedro estaba en pie, calentándose, y le dijeron: "¿No eres también de sus discípulos?". Él lo negó, diciendo: "No lo soy". Uno de los criados del sumo sacerdote, pariente de aquel a quien Pedro le cortó la oreja, le dijo: "¿No te he visto yo con él en el huerto?". Pedro volvió a negar, y en seguida cantó un gallo.

Mi reino no es de este mundo

Llevaron a Jesús de casa de Caifás al pretorio. Era al amanecer, y ellos no entraron en el pretorio para no incurrir en impureza y poder así comer la Pascua. Salió Pilato fuera, adonde estaban ellos, y dijo: "¿Qué acusación presentáis contra este hombre?". Le contestaron: "Si éste no fuera un malhechor, no te lo entregaríamos". Pilato les dijo: "Lleváoslo vosotros y juzgado según vuestra ley". Los judíos le dijeron: "No estamos autorizados para dar muerte a nadie". Y así se cumplió lo que había dicho Jesús, indicando de qué muerte iba a morir. Entró otra vez Pilato en el pretorio, llamó a Jesús y le dijo: "¿Eres tú el rey de los judíos?". Jesús le contestó: "¿Dices eso por tu cuenta o te lo han dicho otros de mí?". Pilato replicó: "¿Acaso soy yo judío? Tu gente y los sumos sacerdotes te han entregado a mí; ¿qué has hecho?". Jesús le contestó: "Mi reino no es de este mundo. Si mi reino fuera de este mundo, mi guardia habría luchado para que no cayera en manos de los judíos. Pero mi reino no es de aquí". Pilato le dijo: "Conque, ¿tú eres rey?". Jesús le contestó: "Tú lo dices: soy rey. Yo para estoy he nacido y para esto he venido al mundo: para ser testigo de la verdad. Todo el que es de la verdad escucha mi voz". Pilato le dijo: "Y, ¿qué es la verdad?". Dicho esto, salió otra vez adonde estaban los judíos y les dijo: "Yo no encuentro en él ninguna culpa. Es costumbre entre vosotros que por Pascua ponga a uno en libertad. ¿Queréis que os suelte al rey de los judíos?". Volvieron a gritar: "A ése no, a Barrabás". El tal Barrabás era un bandido.

¡Salve, rey de los judíos! ¡Crucifícalo!

Entonces Pilato tomó a Jesús y lo mandó azotar. Y los soldados trenzaron una corona de espinas, se la pusieron en la cabeza y le echaron por encima un manto color púrpura; y, acercándose a él, le decían: "¡Salve, rey de los judíos!". Y le daban bofetadas. Pilato salió otra vez afuera y les dijo: "Mirad, os lo saco afuera para que sepáis que no encuentro en él ninguna culpa". Y salió Jesús afuera, llevando la corona de espinas y el manto color púrpura. Pilato les dijo: "Aquí lo tenéis". Cuando lo vieron los sumos sacerdotes y los guardias, gritaron: "¡Crucifícalo, crucifícalo!". Pilato les dijo: "Lleváoslo vosotros y crucificadlo, porque yo no encuentro culpa en él". Los judíos le contestaron: "Nosotros tenemos una ley, y según esa ley tiene que morir, porque se ha declarado Hijo de Dios". Cuando Pilato oyó estas palabras, se asustó aún más y, entrando otra vez en el pretorio, dijo a Jesús: "¿De dónde eres tú?". Pero Jesús no le dio respuesta. Y Pilato le dijo: "¿A mí no me hablas? ¿No sabes que tengo autoridad para soltarte y autoridad para crucificarte?". Jesús le contestó: "No tendrías ninguna autoridad sobre mí, si no te la hubieran dado de lo alto. Por eso el que me ha entregado a ti tiene un pecado mayor".

Desde este momento, Pilato trataba de soltarlo, pero los judíos gritaban: "Si sueltas a ése, no eres amigo del César. Todo el que se declara rey está contra el César". Pilato entonces, al oír estas palabras, sacó fuera a Jesús y lo sentó en el tribunal, en el sitio que llaman "el Enlosado" (en hebreo Gábbata). Era el día de la Preparación de la Pascua, hacia el mediodía. Y dijo Pilato a los judíos: "Aquí tenéis a vuestro rey". Ellos gritaron: "¡Fuera, fuera; crucifícalo!". Pilato les dijo: "¿A vuestro rey voy a crucificar?". Contestaban los sumos sacerdotes: "No tenemos más rey que el César". Entonces lo entregó para que lo crucificaran.

Lo crucificaron, y con él a otros dos

Tomaron a Jesús, y él, cargando con la cruz, salió al sitio llamado "de la Calavera" (que en hebreo se dice Gólgota), donde lo crucificaron; y con él a otros dos, uno a cada lado, y en medio, Jesús. Y Pilato escribió un letrero y lo puso encima de la cruz; en él estaba escrito: "Jesús, el Nazareno, el rey de los judíos". Leyeron el letrero muchos judíos, porque estaba cerca el lugar donde crucificaron a Jesús, y estaba escrito en hebreo, latín y griego. Entonces los sumos sacerdotes de los judíos dijeron a Pilato: "No escribas: "El rey de los judíos", sino: "Éste ha dicho: Soy el rey de los judíos"". Pilato les contestó: "Lo escrito, escrito está".

Los soldados, cuando crucificaron a Jesús, tomaron su ropa, haciendo cuatro partes, una para cada soldado, y apartaron la túnica. Era una túnica sin costura, tejida toda de una pieza de arriba a abajo. Y se dijeron: "No la rasguemos, sino echemos a suerte, a ver a quién le toca". Así se cumplió la Escritura: "Se repartieron mis ropas y echaron a suerte mi túnica". Esto hicieron los soldados.

Junto a la cruz de Jesús estaba su madre, la hermana de su madre, María, la de Cleofás, y María, la Magdalena. Jesús, al ver a su madre y cerca al discípulo que tanto quería, dijo a su madre: "**Mujer, ahí tienes a tu hijo**". Luego, dijo al discípulo: "**Ahí tienes a tu Madre**". Y desde aquella hora, el discípulo la recibió en su casa.

Después de esto, sabiendo Jesús que todo había llegado a su término, para que se cumpliera la Escritura, dijo: "**Tengo sed**". Había allí un jarro lleno de vinagre. Y sujetando una esponja empapada en vinagre a una caña de hisopo, se la acercaron a la boca. Jesús, cuando tomó el vinagre, dijo: "**Está cumplido**". E, inclinando la cabeza, entregó el espíritu.

Y al punto salió sangre y agua

Los judíos entonces, como era el día de la Preparación, para que no se quedaran los cuerpos en la cruz el sábado, porque aquel sábado era un día solemne, pidieron a Pilato que les quebraran las piernas y que los quitaran. Fueron los soldados, le quebraron las piernas al primero y luego al otro que habían crucificado con él; pero al llegar a Jesús, viendo que ya había muerto, no le quebraron las piernas, sino que uno de los soldados, con la lanza, le traspasó el costado, y al punto, salió sangre y agua. El que lo vio da testimonio, y su testimonio es verdadero, y él sabe que dice verdad, para que también vosotros creáis. Esto ocurrió para que se cumpliera la Escritura: "No le quebrarán un hueso"; y en otro lugar la Escritura dice: "Mirarán al que atravesaron".

Vendaron todo el cuerpo de Jesús, con los aromas

Después de esto, José de Arimatea, que era discípulo clandestino de Jesús por miedo a los judíos, pidió a Pilato que le dejara llevarse el cuerpo de Jesús. Y Pilato lo autorizó. Él fue entonces y se llevó el cuerpo. Llegó también Nicodemo, el que había ido a verlo de noche, y trajo unas cien libras de una mixtura de mirra y áloe. Tomaron el cuerpo de Jesús y lo vendaron todo, con los aromas, según se acostumbraba a enterrar a los judíos. Había un huerto en el sitio donde lo crucificaron, y en el huerto un sepulcro nuevo donde nadie había sido enterrado todavía. Y como para los judíos era el día de la Preparación, y el sepulcro estaba cerca, pusieron allí a Jesús.

El Viernes Santo es el único día del año litúrgico con un **modo singular** de realizar la acción sagrada, sin que quepa en él la celebración de la Eucaristía. Esa ausencia ayuda a subrayar el misterio único del día: la Pasión y Muerte del Señor. Por eso la Liturgia de las primeras horas de la tarde (la hora sexta) se llena con la **Plegaria Universal**, mucho más rica que de modo ordinario, la **Liturgia de la Palabra** y la **Adoración de la Cruz** ("*Mirad el árbol de la cruz, donde estuvo clavada la salvación del mundo*"), con un apéndice sugerente: la participación en la **comunión**.

En la Liturgia de la Palabra se leen pasajes que profundizan en el sentido sacrificial y redentor de la Pasión (profeta Isaías y Carta a los Hebreos) y se proclama solemnemente (por tres lectores o cantores) el relato de **la Pasión según San Juan**, desde la salida del Cenáculo hasta la reclusión en el Sepulcro. Pero no importan tanto los datos históricos y detallistas (Juan abunda en ellos), cuanto la lectura teológica que hace el cuarto evangelista. Destaquemos algunos puntos de esta original versión.

- Todo se enmarca en la interpretación de que es llegada la **“hora de Jesús**”: es el tiempo de la exaltación, de la glorificación, del inicio de los bienes últimos, de la derrota del Maligno, de la vida eterna a la que se accede por la participación en la muerte de Cristo, que es su consagración como Señor y Rey (Jn 3, 14; 8, 28; 12, 31; 12, 32; 13, 1; 17, 1).

- *“Mete la espada en la vaina”* (18, 11): Jamás será legítima la violencia.

- *“Y enseguida cantó un gallo”* (18, 27): las tres negaciones de Pedro que sólo se borrarán con tres manifestaciones rotundas y humildes de amor (21, 15 ss.).

- *“Mi Reino no es de este mundo”* (18, 36): Efectivamente, el reino de Cristo no se asemeja nada a los poderes propios de este mundo. Su corona es de espinas y su manto es un trapo olvidado de color púrpura (19, 2. 5) y su título es el “cuerpo del delito” (*“Jesús el Nazareno, el Rey de los judíos”* (19, 19-20). Es un señorío de sacrificio y de anonadamiento.

- *“A ése no; a Barrabás”* (18, 40): es preferible un terrorista que lucha contra la potencia opresora que un Mesías manso e inocente, pero que transgredía las leyes tradicionales. Así se escribe la historia.

- *“He aquí al hombre”*, que el texto litúrgico traduce por “Aquí lo tenéis” con impropiedad (19, 5): es el hombre justo hecho delincuente legal, rey ridículo, piltrafa en manos de los caprichos de quienes manejan al pueblo y tienen el poder. En Cristo así presentado se concentran todas las injusticias y crueldades que el hombre perpetra contra el hombre.

- La túnica, sin costura, es sorteada en cuatro partes (19, 23-24): una túnica así, inconsútil, recuerda el sacerdocio de Cristo, por cuanto la túnica de los sacerdotes debía ser sin costura. Además el que los paganos repartan la prenda indica que se pasa a los gentiles la acción regia y sacerdotal de Cristo.

- *“Junto a la cruz de Jesús estaba su madre...”* (19, 25 ss.): con este breve relato se quiere destacar la maternidad espiritual de María, la nueva Eva que, entre dolores, da a luz una Nueva Humanidad, encarnada en el discípulo amado, que representa a la Iglesia.

- *“E inclinando la cabeza, entregó el espíritu”* (19, 30): no es exhalar el último aliento antes de la muerte. Es mucho más. El texto griego autoriza a entender que en la muerte de Cristo se produce la efusión de su Espíritu sobre el mundo (cfr. 7, 37-39; 20, 22).

- "*Y al instante salió sangre y agua*" (19, 34): es un recurso literario que remarca el sentido de que en la muerte de Cristo en la cruz se abre la puerta a la virtualidad salvadora del Bautismo (el agua) y la Eucaristía (la sangre).

Sábado, 15 de abril de 2006. Sábado Santo.

Domingo, 16 de abril de 2006. Domingo de Resurrección.

Vigilia Pascual

Mc 16, 1-7

En la madrugada del sábado, al alborear el primer día de la semana, fueron María Magdalena y la otra María a ver el sepulcro. Y de pronto tembló fuertemente la tierra, pues un ángel del Señor, bajando del cielo y acercándose, corrió la piedra y se sentó encima. Su aspecto era de relámpago y su vestido blanco como la nieve; los centinelas temblaron de miedo y quedaron como muertos. El ángel habló a las mujeres. "Vosotras, no temáis; ya sé que buscáis a Jesús, el crucificado. **No está aquí. Ha resucitado**, como había dicho. Venid a ver el sitio donde yacía e id aprisa a decir a sus discípulos: "Ha resucitado de entre los muertos y va por delante de vosotros a Galilea. Allí lo veréis". Mirad, os lo he anunciado". Ellas se marcharon a toda prisa del sepulcro; impresionadas y llenas de alegría, corrieron a anunciarlo a los discípulos. De pronto, Jesús les salió al encuentro y les dijo: "Alegraos". Ellas se acercaron, se postraron ante él y le abrazaron los pies. Jesús les dijo: "No tengáis miedo: id a comunicar a mis hermanos que vayan a Galilea; allí me verán".

Con este evangelio culmina el extenso tiempo de la Liturgia de la Palabra de esta Vigilia que es "**la Madre de todas las Vigilias**". Quien participa en esta rica y expresiva celebración, en que se bendice el fuego nuevo, se enciende el Cirio Pascual, se canta la "Angélica" y se celebra la Liturgia Bautismal, asiste sobrecogido al desarrollo de la historia del tiempo que se manifiesta como Historia de Salvación: creación del Mundo, elección de los Patriarcas, paso del Mar Rojo, amor de Dios al Pueblo de Israel en la voz de los Profetas y fuerza salvadora del Bautismo como incorporación al Misterio Pascual de Jesús. Todo culmina con la explosión de un "**Aleluya**" solemnísimos y rotundo. Como remanso, en el presente, y cimiento, para el futuro, de esa alegría se proclama este relato, que es el pasaje evangélico

más antiguo, en la pluma del evangelista San Marcos. Destaquemos algunas ideas:

- Todo ocurre en el **día siguiente al sábado**, el primer día de la semana. Es una referencia cargada de significado: es el Octavo Día, el tiempo de la nueva creación, el punto de partida de una historia totalmente a estrenar, iluminada y sostenida por la fuerza que emana del sepulcro vacío. El Paraíso perdido ha sido recuperado.

- La búsqueda de **las mujeres** es una acción desorientada: no buscan a Cristo vivo, sino su cadáver encerrado en el sepulcro; su problema no es encontrar sentido esperanzador al drama del Calvario, sino cómo correr la piedra de la entrada del sepulcro. Mas esa imperfección está movida por la sinceridad del amor. Por eso, es un ángel de Dios -Dios mismo- quien les sale al encuentro.

- El Crucificado es el Resucitado. Ya para siempre Cristo, glorioso, llevará en sí las marcas de todos los maltratados por la vida y así todos podrán tener acceso a una nueva y renovada existencia, entrañados en el corazón rasgado del **Crucificado-Resucitado**.

- Los testigos se convierten en **apóstoles** (enviados). Es la forma de expresar que nadie que haya experimentado que Dios vive y libera, se podrá callar. No tendrá más remedio que ayudar a otros a que descubran que Cristo va por delante y que les ha de salir al encuentro en los caminos de la vida.

Misa del día de Pascua
Jn 20, 1-9

El primer día de la semana, al rayar el alba, antes de salir el sol, María Magdalena fue al sepulcro y vio la piedra quitada. Entonces fue corriendo a decírselo a Simón Pedro y al otro discípulo preferido de Jesús; les dijo: "Se han llevado del sepulcro al Señor y no sabemos dónde lo han puesto". Pedro y el otro discípulo salieron corriendo hacia el sepulcro los dos juntos. El otro discípulo corrió más que Pedro, y llegó antes al sepulcro; se asomó y vio los lienzos por el suelo, pero no entró. En seguida llegó Simón Pedro, entró en el sepulcro y vio los lienzos por el suelo; el sudario con que le habían envuelto la cabeza no estaba en el suelo con los lienzos, sino doblado en un lugar aparte. Entonces entró el otro discípulo que había llegado antes al sepulcro, vio y creyó; pues no había entendido aún la Escritura según la cual Jesús tenía que resucitar de entre los muertos.

María Magdalena, Pedro y el Discípulo Amado son los protagonistas de este relato joánico. Ellos son quienes se encuentran con el misterio de un Sepulcro vacío. El pasaje está lleno de colorido y plasticidad. Parece retratar el ajeteo que se produce ante el Acontecimiento de los Acontecimientos: Jesús de Nazaret, el Señor, ha vencido a la **Muerte**.

Ante esta intuición sorprendente, todos se ponen en movimiento. Van y vienen. Son los trajines del parto de una nueva historia. Al Sepulcro cada uno acude con **su bagaje personal**. María de Magdala va con su afán femenino de primerísima hora; Pedro con el peso de los años y la valentía que da la experiencia; el Discípulo Amado con el ardor de la juventud y el respeto a las canas.

Y ven lo que ven. Pero les es suficiente para **ver y creer**. El adelantado es el discípulo más joven, tal vez un adolescente, casi un niño, a cuya edad pertenece la posesión del Reino de los cielos, dominio que le permite tener unos ojos limpios.

Así entenderán hacia dónde confluía toda la historia que había empezado hacía tres años en Galilea, hacia treinta en Belén y desde el principio en el corazón del Padre. La Escritura ahora parecía evidente; todo estaba escrito: **Que Él había de resucitar de entre los muertos**.

El último enemigo, la Muerte, desde entonces mismo dejaba de tener la última palabra. **¡Cristo ha resucitado! ¡¡¡FELICES PASCUAS!!!**